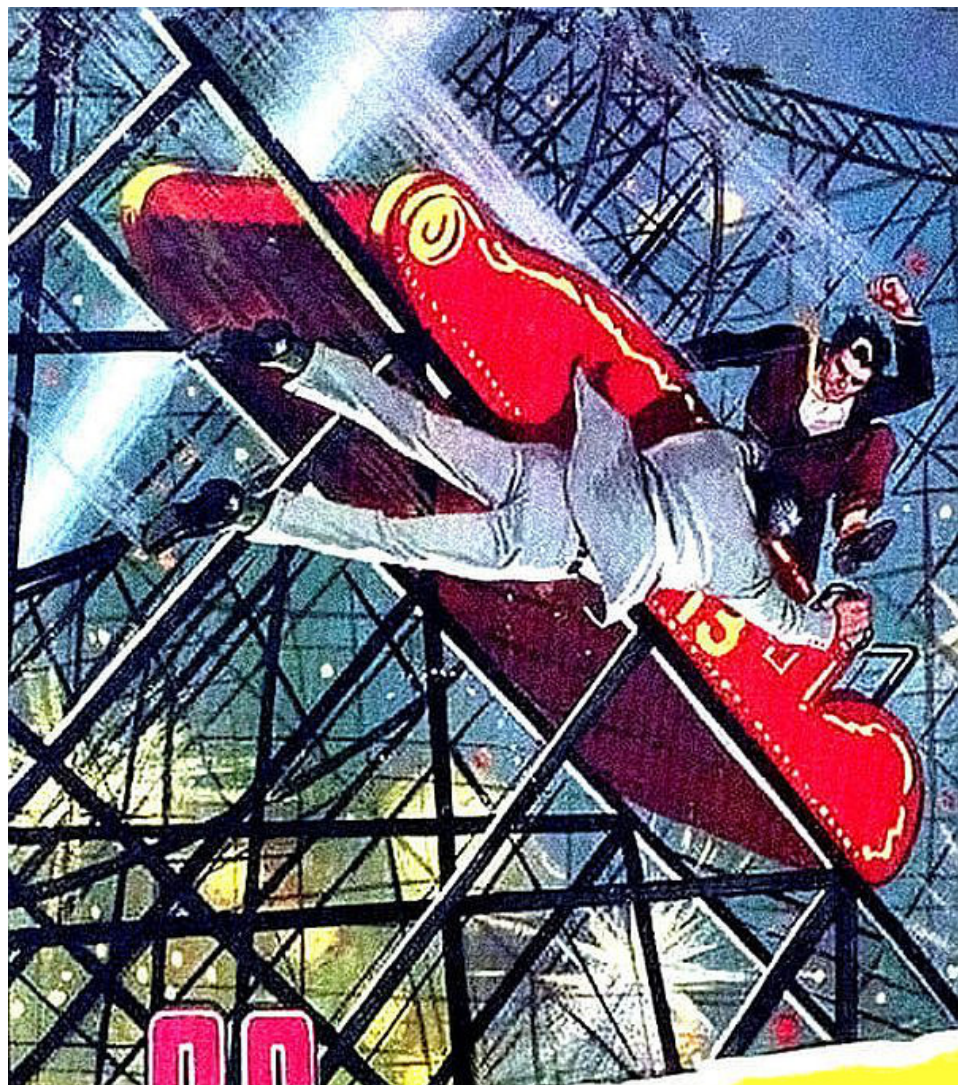




SS

**SERVICIO
SECRETO**

DONALD CURTIS

**CALIENTE ES
MI SANGRE**

La mano cayó sobre su boca. Luego, sobre la nariz.

Chorreó sangre, y el paladar sintió el salobre, viscoso gusto. Sacudió la cabeza, justamente cuando recibía otro bofetón tremendo. Ahora le alcanzaron en la sien, y su cabeza se llenó de zumbidos, luces y punzadas lacerantes.

—Dejadlo —dijo alguien.

Jack Mulligan le agradeció eso a aquel alguien. Le parecía que era el capitán Bakers, pero no estaba seguro. No podía estarlo de nada. Uno de los golpes le había partido la ceja y también de allí salió sangre, cegándole. No veía nada. Y los oídos, sólo parecían útiles para registrar zumbidos enloquecedores.

—Sí, capitán —respondió otro, resoplando—. Por lo menos, no se puede decir que sea un tipo blando. Mulligan siempre ha sabido pegar. Pero también sabe «encajar»...



Donald Curtis

Caliente es mi sangre

Bolsilibros - Servicio Secreto - 534

ePub r1.0

Lds 14.07.17

Título original: *Caliente es mi sangre*

Donald Curtis, 1960

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

La mano cayó sobre su boca. Luego, sobre la nariz.

Chorreó sangre, y el paladar sintió el salobre, viscoso gusto. Sacudió la cabeza, justamente cuando recibía otro bofetón tremendo. Ahora le alcanzaron en la sien, y su cabeza se llenó de zumbidos, luces y punzadas lacerantes.

—Dejadlo —dijo alguien.

Jack Mulligan le agradeció eso a aquel alguien. Le parecía que era el capitán Bakers, pero no estaba seguro. No podía estarlo de nada. Uno de los golpes le había partido la ceja y también de allí salió sangre, cegándole. No veía nada. Y los oídos, sólo parecían útiles para registrar zumbidos enloquecedores.

—Sí, capitán —respondió otro, resoplando—. Por lo menos, no se puede decir que sea un tipo blando. Mulligan siempre ha sabido pegar. Pero también sabe «encajar»...

—¿No ha dicho nada? —El hombre volvió a hablar, muy sereno. Jack Mulligan sabía ahora que era Bakers. Por algo le habían llamado «capitán».

—No, nada —informó una voz chirriante desde el otro extremo de la sala—. Parece que tiene una cremallera en la boca. Pero con una sesión más, le voy a romper todos los engranajes, y hablará...

—No sé si lo conseguiremos —suspiró Bakers—. De todos modos, seguid. Pero no maltratadle demasiado. A lo mejor, luego, nos buscan líos en la Prensa, por pegar a ese cerdo...

Era su única esperanza, pero se eclipsaba ahora. Bakers se iba, dejándole en manos de sus energúmenos. Jack Mulligan suspiró, con la cabeza inclinada sobre el pecho, incapaz de moverse de la silla, a la que le sujetaban las esposas. Y la silla era metálica y estaba empotrada en el centro de la sala subterránea, iluminada por

aquellos horribles focos colgados del techo y concentrados sobre él. Los muchachos sabían hacer bien las cosas. El lo sabía.

—Bueno, Reagan, duro con él —dijo el de la voz chirriante—. ¡Pégale fuerte en los riñones! Ahí no deja señales, para que luego un abogadillo nos meta en pleitos...

—No me gusta dar donde no deja huellas —rezongó el mastodonte que le golpeaba—. Una vez, un compañero sacudió de esa manera a «Chico» Schultz. Se le murió entre las manos, y ahora está en presidio. No, no quiero jaleos. Prefiero seguir señalando a este cochino de Mulligan. Le tenía ganas..., ¡y me estoy vengando!

—No será porque te sacudió en aquel combate de boxeo en pro de los huérfanos de la Policía, ¿verdad? —rió el de la voz chirriante.

—¡Qué estupidez! ¡Ni siquiera lo recordaba!... —farfulló el otro, irritado.

—¡No digas! Si fue cuando aquella rubia tan estupenda te dejó plantado, por tonto. Le hiciste apostar toda su fortuna a tu favor, y la dejaste en la ruina, Resigan...

—¡Puerco de Mulligan, eso lo está pagando ahora a buen precio! —Y soltó un mazazo a la cara indefensa del hombre esposado a la silla. Sacudió la cabeza de delante hacia atrás—. ¡Nunca hice nada más a gusto, Rusty!

El tal Rusty calló, fumando en silencio. Durante un minuto no se oyó en la cámara cubicular, de muros de cemento, otro ruido que el batir de los enormes puños velludos de Reagan sobre la cara, el torso y el vientre de Mulligan.

El preso vomitó, y luego se quedó inconsciente. Uno de los golpes del brutal individuo macizo, de enormes músculos y faz estrecha y simiesca, había sido demasiado duro. Jack Mulligan no sintió los cuatro o cinco que siguieron.

Hubiera recibido más aún, de no ser porque Rusty tiró su cigarrillo a una escupidera, y comentó, levantándose:

—Pierdes el tiempo, hermano. Jack está con los angelitos ahora. Le has «noqueado». Si hubieras hecho eso mismo en el «ring» aquella noche, la rubita de las caderas cimbreantes aún estaría contigo.

—¡Si no te callas, te rompo la nariz, Rusty! —rugió Reagan, entornando peligrosamente sus duros, helados ojillos.

—¿Todavía no tienes bastante? —rió Rusty. Sin añadir más, tomó el teléfono que había sobre una mesa. Era el de conexión. Oprimió un botón rotulado con una letra, y aplicó la boca, carnosa y torcida, al auricular—. Eh, Dave. Avisa al capitán. El pajarillo se nos ha dormido. Sí, Reagan lo hizo bien...; pero, a lo mejor, el tipo se nos ablandó poco a poco. Aquí está. ¿Seguimos, después de despertarle? Con una buena ducha, yo creo que estará otra vez en condiciones de recibir un nuevo «masaje», y hará feliz a Reagan... Entendido. No le tocaremos más...

Suspiró, colgando. Miró a Reagan, que resopló con ira.

—Hablas demasiado, Rusty —masculló el otro—. Podríamos haberle despertado nosotros mismos, sin pedir permiso al capitán, y haber continuado la tarea.

—No me gustan los asesinatos, Reagan. Y hubieras acabado matando a Mulligan. El hombre es duro, pero, al fin y al cabo, Dios le hizo como a todos. De carne y hueso, no de roca. Ahora le llevaremos a la celda. Le echaremos un cubo de agua helada, y esperaremos a que vuelva en sí, para ver la cara que pone. Pero nada más.

—Está bien. Si lo dicen los de arriba..., habrá que hacerlo. Vamos, ayúdame a llevar a este gusano a su cubil... Será una satisfacción el día que lo sienten para tostarse en la silla eléctrica...

—No digas tonterías. Nadie va a la silla eléctrica por cobrar un soborno de cincuenta mil dólares. Y, mucho menos, si es un policía. Ya verás cómo le echan tierra encima al asunto, envían al diablo al detective Mulligan..., y aquí no ha pasado nada.

—¡Pestes! Seguro que lo harán. Los tipos como éste, siempre tienen suerte...

Escupió sobre el inconsciente preso, cuyas ropas cubría la sangre en grandes salpicaduras, y se inclinó, para trasladarlo, ayudado por el indolente Rusty...

* * *

Matt Cummings cambió una mirada con el jefe de Policía, Nero Hawkins, y con el capitán de Homicidios, Hugh Bakers.

—¿Están seguros de que es todo lo que se podía hacer? —interpeló duramente.

—Absolutamente todo —insistió Bakers, con un suspiro. Su mano nervuda, bronceada, peinó en forma mecánica los blancos, algodonosos cabellos—. Jack Mulligan siempre ha sido un tipo berroqueño. Ahora también. No sé si cobró él ese dinero, o prometieron dárselo más adelante, o lo que sucedería. Pero lo cierto es que los quinientos mil dólares desaparecieron, que Mulligan fue sobornado para que ello ocurriera y que, a pesar de la seguridad absoluta que sobre ello tenemos, no nos será posible probarlo ante ningún tribunal.

—Además, no sería oportuno procesar a un agente nuestro. ¿Qué diría el público? —musitó, preocupado, el jefe de policía, Hawkins.

—Precisamente por ser un policía el sobornado, el cómplice en un delito, creo que es más justo presentar a ese hombre ante la opinión pública, acusándole de su falta, e imponiéndole el castigo pertinente. Los que contribuyen a sostener este Cuerpo, tienen derecho a saber, a enterarse de cuándo uno de los hombres encargados de su defensa contra los delincuentes se hace indigno de seguir siendo policía.

Era el fiscal Cummings quien hablaba. El «District Attorney», joven y combativo, se apoyó en la mesa de Nero Hawkins para hablar. Ambos policías le escucharon en silencio. Finalmente, Bakers asintió con gesto grave:

—Sí, el castigo es necesario. Absolutamente necesario. A pesar de todo, insisto en que un buen abogado puede sacar partido de la carencia de pruebas..., y Jack Mulligan, con todas sus culpas, se nos escurrirá de entre los dedos.

—He pensado en ello —asintió el fiscal, gravemente—. Sé lo que es la Ley, capitán. Y he sido abogado. En un caso como éste, me sobrarían trucos para defender a Mulligan, aunque en el fondo estuviera convencido de su culpabilidad.

—¿Qué sugiere, entonces? —interrogó Nero Hawkins, frotándose la afilada nariz con aire pensativo—. ¿Echar tierra al asunto? Sería inmoral y vergonzoso para quienes tenemos el deber de velar por la honestidad y la Ley.

—No he dicho eso —atajó Bakers—. Pero..., supongamos que a Jack Mulligan se le expulsa del Cuerpo de Policía, acusándole públicamente de soborno y de incumplimiento del deber.

—¿Será suficiente ejemplo lo del castigo que usted cita? —saltó

Cummings—. La ciudad entera está pasando por un mal momento; la gente y, sobre todo los periódicos se quejan de que hay poca eficiencia en la Policía, que abundan en demasía los delitos y el hampa se permite desafiar a la Ley.

—Eso ocurre hoy día en Bay City, y en muchas otras poblaciones del país —replicó secamente el jefe de Policía—. Las leyes amparan en exceso al delincuente, a quien basta una buena coartada o un cuidado extremo en no dejar pruebas de sus actos para que no podamos presentarles ante ningún jurado.

—Estaba seguro de que había elementos de la policía sobornados —declaró el fiscal gravemente—. Pero no pensé que fuese Jack Mulligan uno de ellos. Me parecía un buen detective, e incluso esperaba un porvenir excelente para él...

—Sí. Mulligan es un hombre joven, fuerte y resuelto —asintió Bakers—. Además, es inteligente..., o lo ha sido hasta ahora. Pero todo hombre ambicioso comete errores. Mulligan lo es. Hubiera podido ser teniente de detectives, antes de los cuarenta años. Ahora..., en el mejor de los casos, será un hombre perdido y sin honor.

—Tengo una idea, capitán —apuntó el fiscal Cummings—. Pueden hacer lo que ha dicho. Expulsión del Cuerpo, y pérdida de todos sus derechos como policía. Tal vez ello le conduzca a malos pasos, y entonces caeremos sobre él, por ésta y por otras cosas. ¿Les parece bien?

—Me parece cruel —sonrió Hawkins, pensativo—. Pero no hay más remedio que hacerlo. De acuerdo en todo. Capitán, ya sabe lo que ha de hacerse. Se le expulsará a Mulligan públicamente, sin ninguna otra medida de castigo.

—Sí, señor... —asintió Bakers—. Así se hará...

* * *

Jack Mulligan se anudó la corbata ante el espejo. Su cara hinchada, cubierta de esparadrapo sobre la ceja izquierda, el mentón y la nariz, parecía la de alguien totalmente ajeno a él.

Pero era él. O lo que de él dejó Reagan en los sótanos de la Jefatura. Un bonito mapa. Se había dicho, a veces, que Jack Mulligan era un chico guapo, de los que gustaban a las mujeres

rabiosamente. Ahora no estaba seguro de que todo continuara igual.

—Mulligan, ya puedes entrar —avisó uno de sus compañeros, asomándose al lavabo—. El capitán te espera...

—Ya voy —dijo Mulligan, por entre los labios hinchados y agrietados. Le dolían los dientes todavía cada vez que pronunciaba una palabra—. Ya voy, Bud, gracias...

—Será mejor que no tardes. Lo que sea, quiere hacerlo en seguida, Mulligan.

—Sí, lo supongo —sonrió duramente. Se ajustó el nudo de la corbata y comprobó que las solapas del traje, una vez limpio de la sangre que lo salpicara, quedaban relativamente bien—. No es haré esperar mucho...

Se miró, con una mueca feroz. Reagan había sido el autor de aquello. Era un policía de la peor especie. Nunca sería nada. Solamente cazaba rateros sin importancia. Pero si algo sabía hacer, era pegar. Sobre todo, cuando el contrario no podía defenderse.

Algún día le devolvería golpe por golpe. No llevaba la cuenta exacta. Pero pasaban de cincuenta los impactos que las manazas del polizone le asestaron.

Echó a andar. Salió del lavabo, cruzó el pasillo del Departamento Central de Policía en Bay City, Michigan. Bud esperaba a la puerta. Era el encargado de escoltarle. Su agente de vigilancia. Habían sido compañeros, amigos. Incluso en las patrullas callejeras de Saginaw Beach. ¿Cómo iba a cumplir al pie de la letra la orden de no perderle de vista ni un solo instante?

La puerta del despacho le hizo detenerse un momento. Tal vez era la última ocasión que lo haría. Al menos, como el sargento de detectives, Jack Mulligan. Se armó de valor. Siempre le había gustado ser policía. No pensó en que una situación así tuviera que llegar. Pero había llegado. Era necesario arrostrarla.

Golpeó suavemente con los nudillos en la madera. Luego, abrió sin esperar la orden de entrada.

Estaba el capitán Bakers, solemne y grave, sentado tras la mesa. A su lado, el fiscal del Distrito, Matt Cummings. Era joven, combativo, y bien parecido. También era un convencido de que la Ley era la más fuerte siempre. Y se creía que con sólo creerlo bastaba para que así fuera. Dentro de diez o quince años, se daría cuenta de que había que hacer algo más. Ahora, resultaba

demasiado joven para su cargo. Pero era inteligente, a pesar de ello.

—Hola, Mulligan. Acérquese —dijo la voz fría, acerada, del capitán Bakers.

Jack lo hizo. Siempre obedecía a su veterano y rudo capitán. Para bien o para mal, Bakers era un gran hombre. Debería haber sido jefe de Policía en Nueva York, en Chicago o en Los Ángeles, no en aquella pequeña y podrida ciudad.

—A sus órdenes, capitán —dijo Mulligan. Y la voz no le tembló.

—Me ha defraudado usted, Mulligan —comenzó Bakers—. De verdad. Le creí un hombre íntegro, un auténtico policía de pies a cabeza.

—Lo he sido siempre, señor —replicó fríamente Jack.

—¿Ahora también, en el caso Allyson?

Jack enmudeció. Sus ojos cambiaron rápidamente de dirección, observando la dureza de las facciones de Cummings. Bakers habló de nuevo:

—Ha habido soborno. Un soborno claro, manifiesto, confesado por el propio Allyson al ingresar en prisión. Y por algún otro hombre de los bajos fondos de Bay City, como «Druggs» Walcott y Dino Franciosa.

—¿También han detenido a esos? —bromeó Mulligan, secamente.

—¡Infiernos, sabe que no! —estalló Cummings, rojo de cólera—. ¡No hay pruebas! ¡Ni una prueba para presentarla ante un juez!

—A veces he dicho que este país era grande por la libertad y los derechos de cada ciudadano —observó Mulligan—. Pero hay momentos en que eso tiene sus inconvenientes. Y uno duda...

—¡Sí, uno duda de muchas cosas! —saltó Bakers—. ¡Uno llega a dudar de la decencia de los honrados, de la dignidad del ser humano, de la rectitud de los agentes de policía, del rigor justo de la Ley! ¡Y no sólo por Franciosa, Walcott, Allyson y todos ellos..., sino por tipos como usted, Jack Mulligan, que se venden al primero que les ofrece unas monedas para que cierren sus ojos ante un robo, un contrabando, una degeneración o un acto criminal!

—¿Tiene pruebas contra mí, capitán, para decir eso? —preguntó cínicamente Mulligan.

—¡No! ¡Pruebas, pruebas, pruebas! ¡Algún día enloqueceré, oyendo hablar de lo mismo a todos los canallas y criminales de los

Estados Unidos, desde la «mafia» de los sicilianos hasta los peces gordos que controlan los Sindicatos y obtienen fortunas de sus criminales impuestos!

—En ese caso, ¿qué piensa hacer?

—No puedo procesarle. Pero hay algo que no precisa de juegos ajenos. Es el honor de nuestro Cuerpo, Mulligan. Está usted expulsado de él... —Abrió un cajón y extrajo una placa metálica de la policía, que mostró a Jack—. Ésta es su insignia. Cuando ordené su arresto, le fue quitada. No volverá jamás a usted..., ciudadano Mulligan. Entregue su carnet del Cuerpo y abandone esta sala. No se ejercerá acción alguna contra usted. Pero queda expulsado. El expediente se ha elevado ya al gobernador. Entretanto, un policía indigno causa baja: Jack Mulligan, sargento de detectives. ¡Fuera!

Jack no dijo nada. Lentamente, extrajo su cartera del bolsillo. Depositó sobre la mesa el carnet del Cuerpo, a nombre del sargento Mulligan, de la Sección de Detectives.

Luego dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Cummings y Bakers le contemplaron en silencio. Ya en la salida, se volvió Jack lentamente, con la mano en el pomo de la puerta, y dijo con voz sorda:

—No me ha preguntado lo que me ocurrió en la cara, capitán Bakers. ¿Cree que me caí por las escaleras cuando me traían al Departamento?

—Me tiene sin cuidado lo que le ocurriese —manifestó secamente Bakers—. Adiós, Mulligan.

—Yo nunca digo adiós a nadie, sino hasta siempre —rió Jack, entre dientes—. Es posible que demande al Departamento de Policía Metropolitana de Bay City por trato brutal a un preso, capitán.

—Hágalo —sonrió plácidamente Bakers. Tomó una carpeta inmediata a él, y la golpeó suavemente con la yema de los dedos—. Aquí consta un informe médico de que usted ingresó con diversas contusiones en rostro y cuerpo. Nadie le ha tocado, pues. ¿Por qué no pone esa denuncia?

—Juego sucio, ¿eh?

—Sé adaptarme al juego del adversario, Mulligan. Eso es todo.

—Bueno, ustedes dieron la pauta. No se quejen luego. —Cerró tras sí de golpe.

Bakers y el fiscal se quedaron solos. Miráronse. Cummings

suspiró con fuerza.

—¿Es cierto que le han hecho eso aquí? —preguntó el joven magistrado.

—Claro, Cummings. ¿En qué mundo vive? La Policía no puede ser blanda. Ellos no lo son cuando luchan contra nosotros. Pero la verdad, ha sido demasiado, a pesar de todo. Tendré que amonestar a uno de mis hombres...

—¿Qué cree que hará Mulligan ahora? —inquirió tras una pausa el fiscal.

—No lo sé. Si yo fuera él..., me emborracharía.

Cummings ponderó lo sensato de la respuesta. Meneó la cabeza, afirmando.

—Sí, creo que sí —asintió—. Es lo que hará Mulligan...

CAPÍTULO II

Mulligan se emborrachó.

Era sorprendente la capacidad deductiva de Bakers con respecto a las reacciones humanas. Jack entró en un bar. Era el primer lugar que pisaba, después del Departamento.

Y no fue el único. Después vino otro bar. Y otro. Y un cuarto, un quinto, un sexto bar...

En todos pidió lo mismo. Era su bebida habitual. Un tercio de ginebra, un tercio de *whisky* y un tercio de soda. No tumbaba, pero hacía su efecto. Sobre todo, cuando se llevaban quince o veinte encima. Más o menos, los que él llevaba cuando llegó al «Blue Stork».

«La Cigüeña Azul» era un local como todos los de su género. Una barra cromada y sugestiva, con altos taburetes para encaramarse. Mesas, sillas, con más o menos intimidad todo, en halos independientes, de lamparitas individuales, una pista, una orquestina, una música ratonera bien tocada, y unas cuantas parejas aburriéndose con la excusa de divertirse.

Jack Mulligan había estado allí otras veces. Pero entonces era el sargento Mulligan, un policía. Ahora, era el ciudadano Jack Mulligan, ex policía. Aquello no deberían de haberlo sabido en «The Blue Stork». Pero lo sabían.

Skate, el barman, le sonrió burlón y masculló con un lado de la boca, tal como hablaba siempre:

—Se terminó la bicoca, ¿eh, Jack? ¿Lloró al despedirse de los galones?

Mulligan le miró de hito en hito. Sin saber por qué aborreció en el acto al «Blue Stork». Acaso porque abundaban los espejos. Le gustaban los espejos, porque así comprobaba que las chicas tenían

buen gusto al fijarse en él. Pero ahora, con aquella cara, los empezó a odiar.

—No lloro nunca, hijo —declaró con voz pastosa—. Ni siquiera cuando un maldito sapo me hizo todo esto en la cara. Mucho menos, al dejar los galones. Anda, dame de beber.

—¿Lo de siempre..., o quiere algo nuevo para celebrar la despedida? —se mofó Skate.

Mulligan le miró fijamente. Su mano tomó una copa vacía, en la que todavía se descubrían huellas de *rouge* de labios. Cerró los dedos en torno. Una leve presión bastó. Los vidrios se quebraron en mil pedazos, y unos hilillos de sangre corrieron entre los dedos de Jack, goteando en el mostrador. Skate reculó, algo pálido. El ex policía rió.

—¿No ves sangre a menudo, hijo? —Le tocaba burlarse a él. Lentamente abrió la mano, impregnada de menudas partículas punzantes, que empezó a arrancar con parsimonia, sin importarle el rojo que manchaba su piel—. Mírala bien, entonces. Es roja y caliente. Muy roja. Y muy caliente. La mía arde. A lo mejor sube la temperatura, y lo que hice con esa copa, lo repito con alguien que tenga la mala idea de reírse de mí. ¿Vas dándote cuenta, hijito, de las cosas que pueden ocurrirle a uno cuando la sangre le hierve?

El joven barman vaciló. Su mano tomó la bruñida, rutilante coctelera y musitó, tras una duda:

—Sí..., claro... Perdone, sargento.

—No. Eso tampoco. Nada de sargento, muchacho. Ya pasó. Jack Mulligan, ciudadano. Es bastante. Y no esperes más propina de la ordinaria. Eso de que he cobrado una fortuna por dejarme sobornar es mentira. Una sucia, repugnante mentira, de una pandilla de piojosos.

Se bebió la copa, nada más servírsela Skate. Pidió otra. Entonces sonó a su lado la voz de un hombre:

—Mulligan, ¿cree que debe de beber más?

Giró la cabeza. Un poco, lo justo para ver al que hablaba, aunque no necesitaba hacerlo para saber quién era. La faz aguileña, pálida y astuta, sobre el *smoking* color beige y el pantalón negro, le sonreía. Pero Jack Mulligan sabía que el mayor error de cualquier hombre sería el de fiarse de la sonrisa de «Druggs» Walcott.

—Hola, Walcott —le sonrió exhibiendo su dentadura como

podría hacerlo un lobo—. ¿Quieres beber? Todavía me queda algo de la última nómina para pagarte. Además, es posible que el «viejo» me gire lo que queda pendiente de sueldo, hasta hoy. Puedo dilapidar mi fortuna...

—No digas tonterías, Mulligan. ¿Por qué no te vas a casa? Beber mucho, no resuelve nunca nada.

—Eres un filósofo —la voz de Jack rezumaba sarcasmo—. Si la gente no bebiera, ¿de qué viviría tu establecimiento? ¿De las drogas que vendes a la gente de alto copete en Bay City?

—Mulligan, estás diciendo cosas absurdas —los ojos negros, pequeños y fríos, como cabezas de alfiler, del dueño del «Blue Stork», brillaron malignos, entornándose—. No me hagas enfadar y pórtate bien. Yo no tengo la culpa de lo que te ocurre.

—¿No? Pues alguien, en el Departamento, cometió la estupidez de decir que tú fuiste uno de los que aseguraron que me había dejado sobornar por Allyson en el asunto de las chicas con carnet de artistas y los hechos de otra cosa, que alojabais en la cadena de establecimientos Allyson.

—Tonterías otra vez, Mulligan. No creas eso. Yo siempre fui buen amigo de Allyson y hasta tuve negocios con él. Pero no me embarcaría en una cosa así.

—Claro. Además de sucia, es peligrosa. Y a ti te gusta revolearte en el fango, pero no correr riesgos. De todos modos, creo que dirías lo que dijiste. Yo era un peligro para ti, siendo sargento de la policía. Ahora, no soy nada. Un cero a la izquierda. Un ciudadano más, a quien se puede pisotear un poco, porque la policía no va a ayudarme precisamente. Sabéis mucho la gentuza de esta ciudad. Y yo no sé nada de nada... Soy un necio, Walcott. Todo me está bien empleado...

Bebió el combinado que Skate acababa de poner ante él. Luego, Jack Mulligan se incorporó. Tambaleándose un poco. Inició la marcha hacia la salida, sin mirar a «Druggs» Walcott.

Éste, con una mueca burlona, extendió la pierna, cruzándola ante Jack. Era un truco viejo, para hacer caer a un beodo de bruces. O para fingir que un tipo no muy bebido lo está mucho más de lo que aparenta. Su pierna se cruzó exactamente ante los pies de Jack.

Luego, Walcott lanzó un aullido de terrible dolor, y fue él quien, con una voltereta asombrosa, fue a dar con sus huesos en el suelo.

La enjuta, alargada figura del bribón, rebotó sobre las baldosas relucientes del «Blue Stork».

Jack Mulligan sonreía duramente. Su pesado pie de hombre de más de seis pies de estatura, le había dado un golpe brutal en la rodilla cuando intentó zancadillear al ex policía, en habilidoso contraataque.

—No soy un niño de biberón, «Druggs» —avisó glacialmente Jack—. Y no me gustan las zancadillas..., de ninguna clase. Ya estás avisado, hijito.

—Era... una broma... —jadeó roncamente Walcott, medio incorporándose, con un rictus de vivo dolor al mover su pierna.

—No he nacido para bromas. Ni eres un bromista gracioso. Lo siento.

Se encaminó a la puerta. «Druggs» le contempló con ojos aviesos, apoyándose dificultosamente en el mostrador, ayudado por Skate. Cuando ya salía Jack, el dueño del local musitó:

—No basta con tenerlo fuera de la policía... Hubiera sido preciso degollarle... Sólo entonces nos dejará en paz a muchos...

Mulligan no pudo exponer su opinión sobre este punto. No le podía oír. Ya estaba en la calle.

* * *

El tabaco sabía a algodón o a estropajo. O tal vez a algo peor, mezcla de ambas cosas. Sin embargo, le gustaba fumar. Eso le hacía olvidar que llevaba una treintena de copas encima. Y que, además, le gustaba el tabaco, por mal que supiese.

Un hombre solitario, un hombre abandonado por todos, encuentra cierta compañía en un cigarrillo. Ése podía ser muy bien su caso.

Sonó el timbre del teléfono. Dejó de fumar y miró el aparato con el ceño fruncido. Eran las cuatro y media de la mañana, y todo Bay City parecía dormir. Aunque esto fuera simplemente una apariencia, bastante lejos de la realidad, no era la hora más apropiada para recibir llamadas telefónicas. Mientras calculaba todo eso, contemplando de hito en hito el teléfono, éste siguió sonando, repicando irritadamente. Casi con ira.

—Bueno, hermano —comentó—. Ya te atiendo...

Lo descolgó, estirando la mano desde el lecho sobre el cual estaba echado boca arriba, vestido y con el cigarrillo entre los labios.

—¿Dígame? —preguntó—. Si busca la funeraria, se ha equivocado de número...

—No haga chistes, Mulligan —replicó una voz que se parecía a las vibraciones de una hoja de acero temblando, golpeada por un martillo—. Busco a un ex policía.

—Bueno, entonces atinó. ¿Cómo lo hizo?

—Llamando a su número. Soy un chico listo.

—Oh, no hay duda. Dino Franciosa siempre ha sido un chico listo. Haré poner eso en su epitafio algún día.

—¿Tiene la esperanza de morir después que yo? —La voz metálica rió alegremente—. Posiblemente le defraudaré entonces, Mulligan. Usted es quien parece que ha muerto ya..., al menos como policía.

—Sí. Creo que los diarios de la tarde anunciaban ya mi expulsión del Cuerpo. Su amigo «Druggs» se la habrá confirmado oficialmente, ¿no?

—Lo sabe toda la ciudad, Mulligan. Aunque crea lo contrario, era usted muy impopular como sargento de detectives.

—Entre la gentuza de su mundo, sin duda.

—No sólo entre nosotros, Mulligan. También en muchos otros sitios. Y no me ofenden sus diatribas. Es lo que puede esperarse de un hombre vencido.

—¿Quién está vencido?

—Usted. Sabe encajar los golpes, pero no por eso dejan de hacer dado. ¿Qué va hacer ahora?

—Lo que todo el mundo: dormir. ¿Para eso me ha llamado?

—Sigue gracioso. Pero su humor huele a agrio, Mulligan. Sabe a lo que me refiero. Alguien de la policía fue sobornado y usted pagó los platos rotos. Pero eso no tiene ya remedio. ¿Por qué no hace de tripas corazón y empieza a utilizar en algo su inteligencia?

—A lo mejor lo hago. Ser lavaplatos fue siempre mi secreta aspiración... ¿Tiene una vacante en la cocina de su cubil?

—Tengo otras vacantes..., mucho más apropiadas para usted. Y también mucho más remuneradas. ¿Por qué no viene? Hablaremos los dos..., y tal vez lleguemos a un acuerdo.

—Alguien me dijo que usted no me podía ver.

—Era al sargento Mulligan. No al ciudadano Jack Mulligan. ¿Puedo esperarle?

—No sé. Lo pensaré, y mañana tendrá la respuesta.

—Medítelo bien. No todos mis negocios son turbios. Y cualquier empleado mío cobra diez veces el sueldo de un policía.

—Lo imagino, Franciosa. Ya nos veremos.

—Si es así, no se arrepentirá —dijo la voz, cuando ya colgaba Jack.

Se quedó pensando, sin apartar la vista del teléfono. Una sonrisa flotó en sus labios hinchados. Encendió otro cigarrillo, con aire absorto.

Luego se incorporó, paseando por la estantía de un lado para otro. Seguía meditando.

* * *

No había podido dormir demasiado bien.

Despertó un sinnúmero de veces, tardando luego en conciliar el sueño. Por último, una ojeada al despertador, le reveló que eran las diez. No volvió a dormirse.

Se duchó, afeitándose y aseándose cuanto se lo permitía su deformado físico. Luego, eligió un pantalón marrón, una americana de *sport*, en gris y blanco, y camisa marrón, con corbata blanca.

Parecía algo mejor que el tipo que entrara allí la noche anterior, a pesar de que eran una misma persona. Contemplóse en el espejo, cuidando de no prestar excesiva atención a su lamentable fisonomía, y hasta tuvo el buen humor de salir a la calle silbando una tonada. En su bolsillo, por toda fortuna, llevaba el último billete de cincuenta dólares que guardaba en su cajón de los ahorros.

Descendió por Haybrook, hacia Bay Road, siguiendo la acera. A su espalda ronroneó el motor de un automóvil, pero no se volvió.

Cuando el ronroneo le siguió durante cosa de un minuto, cambió de idea. Se quedó parado y giró el cuerpo en redondo. El coche se paró, junto al bordillo, con un suave golpe de frenos. Era un descapotable azul y blanco, con muchos apliques cromados y parabrisas verdoso, antisolar.

—¿No preferirá acompañarme andando, amigo? —interpeló al conductor, un chófer vestido de calle, imperturbable y de secas facciones rugosas, bajo el flexible gris—. Puede que le sea más fácil darme escolta.

El tipo permaneció tan quieto como si alguien lo hubiera pintado ante el volante. No dijo nada. Parecía estar dispuesto a continuar quieto hasta que Jack echara a andar de nuevo, para proseguir entonces el avance.

Fue del compartimiento posterior de donde llegó una voz suave, untuosa y fría:

—Todavía será más sencillo que sea usted quien suba al coche. ¿Qué le parece la idea, Mulligan?

—No es mala. —Jack observó la silueta en el asiento trasero. Pero todos los cristales del coche eran verdosos. Resultaba difícil descubrir otra cosa que no fuera el sexo de la persona: era mujer—. ¿Ésta es la última innovación del alcalde Forbes, en el servicio de taxis de la ciudad?

—Alguien me dijo que era usted el sarcasmo sobre unas piernas largas como un demonio —rió la voz de la persona situada dentro del coche—. Pero aún se quedaron cortos. Ande, suba. Soy una mujer y voy sola, a excepción de mi chófer. ¿Va a tenerme miedo?

—Yo tengo mucho más miedo a una mujer que a un hombre. Pero es un miedo bastante agradable —abrió la portezuela y, sin vacilar, entró, dejándose caer en un asiento de espuma, que se hundió muellemente bajo su peso. Suspiró, mirándola de soslayo—. Ya está. ¿Y ahora?

Ella era hermosa. No excesivamente hermosa, desde luego. No una belleza deslumbrante. Pero era la clase de mujer que gustaba a Mulligan. Y a novecientos noventa y siete hombres de cada mil. Los otros tres son los que, según las estadísticas, se mueren de asco.

Le recordó a una pintura moderna, agresiva y desconcertante a la vez. Sus líneas eran una pura delicia, jugando en curvas indescritiblemente bien dibujadas. Ella lo sabía. Y procuraba que su traje, muy escotado, muy ceñido y muy verde, fuera como una segunda piel sobre el cuerpo. Además, una piel sumamente corta sobre las piernas, ciertamente.

Era morena. De cabello negro azulado, ojos pardos, y tez color ocre, tono al que no era ajeno un maquillaje, leve, pero atinado. La

boca, de un rojo también destacado por un sutil tono de *rouge*, y la barbilla, hendida por un hoyo que aumentaba su gracia física en gran manera.

—Usted no me conoce, Mulligan —dijo ella lentamente.

Tenía un leve tono extranjero. Jack la estudió con intensidad.

—Pero por lo que veo, usted a mí, sí.

—Usted es un tipo muy popular. Me extraña que haya entrado tan confiadamente en mi coche, sabiendo cómo es. ¿No podía haber una artimaña, un truco para... secuestrarle, pongamos por caso?

—Me dejaría secuestrar por una chica como usted, sin necesidad de que tuviera que emplear violencias —rió Mulligan—. Tal vez por eso he entrado.

—También podría haberle asesinado.

—¿Asesinado? —La miró, sorprendido—. ¿Y por qué? ¿Para qué iba a molestarse? Además..., no parece usted la imagen exacta de una criminal.

—No se fíe de la imagen de nadie, Mulligan. Puede engañar. Ha habido hermosas mujeres ejecutadas por asesinato. ¿Sabe usted que mi nombre es Signe Smundsen?

Jack Mulligan no pudo por menos de estremecerse. Signe Smundsen era un nombre en los bajos fondos de Michigan.

Una dama peligrosísima, a quien rara vez había visto nadie. La rival más fuerte y directa del imperio delictivo y del vicio que regentaba Dino Franciosa.

—Creía que las suecas eran todas rubias y pálidas —comentó secamente Jack.

—Es la tradición. Yo soy sueca, y no soy rubia ni pálida. ¿Ha oído hablar de mí?

—Sí, claro...

—¿Y empieza a variar su opinión sobre las mujeres?

—No del todo. Usted no ha matado a nadie, que yo sepa.

—Pero cuando lucho por algo, no me importaría llegar a hacerlo, si con ello he de triunfar. Eso es ser asesino en potencia.

—Todos somos en potencia algo así. Lo realmente importante estriba en saber si, llegado el caso, su voluntad seguiría siendo la misma.

—Lo sería, no lo dude. Signe Smundsen siempre hace lo que se propone.

—¿Y esta vez se ha propuesto contarme a mí todas esas cosas?

—No, Mulligan. Sé lo que le ha ocurrido por culpa de los esbirros de Franciosa. Sé también que no dispone de dinero ni de medios inmediatos para ganarlo. Yo solamente le propongo un medio de trabajar en algo cómodo y productivo. Soy rica. Puedo pagarle bien. Mejor que nadie, Mulligan.

—¿Mejor que el propio Franciosa?

—Claro —ella le miró con viveza—. Debe rechazar toda oferta de ese sapo. Es el culpable de su situación actual. Yo sé que hay funcionarios sobornados en la policía. Usted no era de ellos. Pero le dieron la patada. ¿No va a hacer su propio juego ahora y demostrarles de lo que es capaz?

—Puede ser un juego muy peligroso.

—No lo crea. Estará más seguro que solo. Yo le respaldo. Y no me refiero a mi persona, naturalmente. Sino a mi poder, a mis medios. Soy una mujer, Mulligan, pero una mujer muy fuerte, Una mujer capaz de llegar a todo. Sin embargo, necesito auxiliares inteligentes, tipos duros y capaces de todo. Usted es uno de esos tipos. ¿Qué me responde?

—No sé... —Jack inclinó la cabeza—. Es pronto para decidirse todavía... Habré de pensarla.

—Hágalo. Esta noche aguardo su respuesta en «The Tower». ¿Sabe dónde está?

—Claro. —Jack silbó entre dientes—. ¿Quién no sabe eso? ¿Frecuenta usted ese local? Dicen que vale millones ser socio de él...

—Yo no soy socio. Soy la dueña —rió, ante la extrañeza de Jack—. ¿Le sorprende?

—No exactamente por el hecho en sí. Pensaba en la circunstancia de que todos los grandes dirigentes de esta ciudad tengan un local propio. Y usted no se anda precisamente por las ramas, la verdad...

—¿Irás esta noche?

—Supongamos que sí fuese. ¿Me dejarían entrar? Produciría un poco la impresión de un perro callejero queriendo entrar en el palacio de Buckingham.

—No tema —ella sonrió. Introdujo sus manos en un bolso de raso verde, que sujetaba contra su regazo. Podía extraer de allí una

automática cargada, pero en vez de eso fue en tarjetón bordeado de rojo y oro: «THE TOWER». Nada más—. Con esto, tendrá las puertas abiertas. Sólo lo Cenen los privilegiados.

—Es un honor sentirme privilegiado en «The Tower». —Jack se inclinó tomando el tarjetón—. Gracias, señora.

—Señorita —sonrió ella—. Pero puede llamarme Signe. Me gusta la buena amistad con los que trabajan a mis órdenes..., siempre con el respeto debido.

—Yo no trabajo todavía a sus órdenes —le recordó suavemente Mulligan.

—Pero trabajaré, estoy segura de ello —inclinóse, golpeando suavemente los cristales de separación con sus uñas plateadas. El chófer entendió lo que, sin duda, era señal convenida entre ellos, porque frenó con suavidad—. Su paseo ha terminado, señor Mulligan. Hasta la noche.

Jack abrió la portezuela. Dijo, sencillamente, poniendo un pie sobre la acera:

—Hasta la noche. Si acepto, me tendrá allí. Si no... también. Aunque sólo sea para devolverle el tarjetón.

Inclinóse, al tiempo de salir del descapotable, y se alejó unos pasos. El coche pasó junto a él, rugiendo su motor, y se perdió en la distancia. Tras los cristales verdes. Signe Smundsen, la sueca que capitaneaba una de las más fuertes facciones de los bajos fondos de Bay City, era virtualmente invisible e inidentificable.

Guardándose el tarjetón en un bolsillo de su americana, Jack Mulligan siguió su paseo con una marcha apacible, sin prisas. Volvía a silbar entre dientes. Pero su rostro reflejaba cierta preocupación.

CAPÍTULO III

Costaba trabajo almorzar en algún sitio que no fuera «Gladys». Pero «Gladys» era el restaurante habitual de sus ex compañeros. Y si algo deseaba Mulligan era no encontrarse con ellos en aquellos momentos.

Por eso eligió aquel establecimiento de North Side, el «Hurón». No era de lo mejor. Pero debía suponerse que un policía sin empleo, un antiguo detective, no podía gastarse demasiado, eligiendo un local dentro de Bay City.

La comida no era mala. Y los precios tampoco. Eso ya era algo. Jack Mulligan almorzó con escaso apetito, a pesar de ello. La boca aún le sabía a licor y tenía una lengua que parecía recubierta de papel de lija.

Frente a él, un ventanal le ofrecía una panorámica luminosa y alegre del bulevar, con el edificio de piedra de la Biblioteca Pública, el monumento a George Washington, rodeado de jardines y verdes rectángulos de hierba, que entrecruzaban las sendas enarenadas.

Más allá, había edificios más altos y modernos. La ciudad reptaba sobre las colinas que formaban su pavimento, hacia la parte alta, alejándose de los húmedos azotes de la bahía.

A Mulligan le gustaba Bay City. No era una gran capital. Apenas si contaba con sesenta mil habitantes, y el lago Saginaw, fronterizo con Canadá, parecía encorsetarla rígidamente. Sin embargo, era un lugar cosmopolita, moderno y rico. Tal vez demasiado moderno..., y demasiado rico. Por ello no era demasiado tranquilo.

Bay City, con sus virtudes y sus defectos, era un buen lugar para Jack Mulligan. No lo hubiera cambiado por otros muchos de mayor envergadura e importancia.

Algo podrido había, sin embargo, en el organismo de aquella

ciudad. Un tumor canceroso que lo corroía, que lo estaba transformando en algo feo, repulsivo, maloliente.

Se estaba intentando luchar contra esa podredumbre. Y él había caído, precisamente al iniciarse esa lucha. Sargento de detectives Mulligan, destituido, degradado, acusado, humillado ante toda la ciudad... Ése era el primer resultado de una lucha que las fuerzas de la Ley no estaban preparadas para realizar.

De repente, la luz del ventanal se oscureció. Fue como si el radiante, cálido sol, se eclipsara de súbito. Pero no era así. Simplemente, había alguien, interponiéndose entre los cristales y su mesa. Alzó la cabeza, poco a poco.

Contempló a la persona erguida ante la mesa donde ya humeaba su café, final del almuerzo. Esa acción coincidió con las palabras que le eran dirigidas:

—Hola, Jack. ¿Qué haces aquí?

—¡Madge! —El ex policía reflejó su asombro vivamente—. Eso debería preguntarte yo.

—Siempre almuerzo aquí. Pero tú...

—Yo buscaba alejarme de todo personal relacionado con el Departamento. Y la primera persona que veo, eres precisamente tú. Creí que comías igual que todos, en «Gladys». Veo que me equivoqué...

—¿Es que también querías rehuirme a mí? —sonrió Madge Wallace, la linda taquígrafa de la policía—. No creo haberte hecho nada...

—No, claro que no. Perdona si te molesto, Madge. Comprenderás mi situación actual y lo que...

—Comprendo muy bien —ella, impulsiva, se sentó junto a él. Era morena y bonita. Tenía el cabello castaño oscuro, la tez ligeramente bronceada, los ojos de color café, y una boca muy bonita. También otros puntos de su físico eran bonitos. Y llamativos—. Lo que han hecho contigo es canallesco, Jack.

—Gracias, pequeña. Eres la primera muchacha que me dice eso, después del naufragio. Pero ten en cuenta que me acusan de soborno y...

—¡Al diablo con las acusaciones! Yo sé que tú no puedes ser sobornado. Eres íntegro y honesto, Jack. Yo lo sé. No me importa lo que digan los demás, incluido el «viejo».

—Cuidado —rió Jack—. Si te oye decir eso, te despiden.

—No me importa. Después de todo, voy a dejarlo pronto.

—¿La policía? ¿Cómo es eso?

—No me gusta mi trabajo. En cambio, Lena Martin va a colocarme en la Prensa. Eso es mucho más bonito. Me agradaría ser reportera, como ella.

—¿Lena Martin, la chismosa del *Sentinel*? —Jack silbó—. Buen padrino, pequeña. Pero el *Sentinel* es el periódico de la oposición. Ya sabes, el del candidato Craig...

—Claro que lo sé. No me importa en absoluto. Yo no me meto en política. Sólo quiero ser periodista. Y lo seré, si realmente valgo para ello. Lena me ayudará. Es una gran chica, a pesar de su terrible fama.

—¿Terrible? ¡Monstruosa diría yo! —Jack hizo un gesto como si el café supiera a tierra hervida—. La cotilla número uno de Bay City. Y lleva camino de ser la primera de todo el Estado. Me la imagino fácilmente, a pesar de que no he tenido el disgusto de conocerla. ¿Has visto en los noticiarios y en los periódicos a Elsa Maxwell, la gordinflona esa que pone verde a la gente? Pues así será Lena Martin.

—¿Sí? —Los ojos de la muchacha tuvieron un brillo burlón. Luego, inclinó la cabeza, alisándose la falda—. ¿Por qué no tratas de conocerla? Ahora voy a reunirme yo con ella. Lena tiene concertada una entrevista con Forrest Craig, el adversario político del alcalde Forbes, y quiere que tome nota taquígrafa de la misma, como primer paso, al servicio del *Sentinel*. Es un principio para llegar a reporter, ¿no crees?

—Seguro. Pero imagino que no iba a gustarles mucho tenerme a mí presente en esa entrevista —comentó Jack—. Dejaremos la relación personal con la señorita Martin para otra ocasión.

—Seriamente, Jack. ¿No has pensado que podría ser muy útil para defender tu dignidad, tu nombre público, entablar buenas relaciones con la oposición de la actual administración ciudadana? Lena Martin está deseando tener temas para provocar dolores de estómago al alcalde Forbes, y ataques de hígado al jefe de policía, Nero Hawkins.

—Ya lo sé. —Mulligan rió, frunciendo el ceño. Meditó la cuestión y, finalmente, enarcó las cejas—. Sí, Madge, tienes buenas

ideas a veces... Voy a ir contigo, a conocer a la víbora que destila veneno entre la tinta de imprenta. Tal vez le dé tema para una serie de crónicas capaces de estremecer la ciudad de arriba abajo.

—¡Buen chico! —Palmeó Madge—. ¿A qué estás esperando entonces?

—Solamente a una cosa —soltó una carcajada, apurando su taza—. A terminarme este café. En marcha, Madge.

Salieron juntos del «Hurón». Jack llamó a un taxi. Poco después se encaminaban a la redacción del *Sentinel*, el más duro y combativo diario de la ciudad.

* * *

Aquélla era Lena Martin.

Jack Mulligan se quedó sin aliento. Había esperado una nueva Elsa Maxwell, o algo parecido. Una solterona endurecida, una periodista ácida y de escasos atractivos físicos, que le dictaban su acíbar.

En cambio..., ésta era Lena Martin. La que acababa de aparecer en la salita para visitas del periódico, estrechando cordialmente la mano a Madge Wallace, mientras su mirada se fijaba de soslayo en él.

—Lena, quiero presentarte a un compañero mío. Se trata de...

—De Jack Mulligan, ex sargento de detectives, ¿verdad? —sonrió suavemente la periodista.

Jack parpadeó. La mirada, fija en él, era de águila. Aunque el rostro, bajo la melena, rubia y corta, no tuviera nada de ave de presa. Lena Martin era una mujer que apenas había doblado la curva de los veinticinco años. Menuda y esbelta, de breve cintura y caderas ondulantes. El óvalo de su rostro, sobre el punto ceñido a su cuerpo, en un vivo tono frambuesa, era encantador, desde las pupilas color cobalto hasta la boca, que parecía hacer juego con el tono de su vestido.

Tras un silencio, dedicado a una exploración insolente de la belleza física de la reporter, Jack Mulligan sonrió a su vez:

—¿Hay algo que usted no conozca en Bay City? —preguntó.

—Sí —ella no apartaba de él los ojos. Y aunque le gustaba, a Jack no dejaba de producirle inquietud la fijeza de Lena Martin—.

No conozco a la persona que fue sobornada, en vez de serlo usted, en el caso Allyson. Ni a quién pagó ese soborno.

Jack apretó los labios. No expresó nada su rostro.

—¿Usted cree en mí..., o es política de oposición? —indagó, astuto.

—Pueden ser las dos cosas —rió Lena—. Como ciudadana, puedo creer en usted. Como periodista, estoy obligada a servir a mi periódico.

—¿Y a servir también a Craig?

—Es posible. Juzgamos que es la auténtica administración que necesita Bay City. Su política puede barrer mucha basura que ahora anda por ahí. Pero imagino que la señorita Wallace no habrá venido con usted para que discutamos de politiquerías. ¿Tenía usted deseos de conocerme?

—Confieso que sí. También confieso que me equivoqué al imaginarla.

—No me diga, entonces, con quién me comparó. No cuesta trabajo suponerlo. Ni es usted el primero en hacer tales cálculos.

—Evidentemente, es muy astuta, señorita Martin. La astucia, en los que no tienen juventud ni belleza, es algo detestable. En usted, resulta encantador.

—Gracias. Me dijeron que era usted un tipo duro. Sorprende oírle gentilezas así.

—De vez en cuando, me ablando. Pero no es frecuente. —Jack la miró, burlón—. Su amiga Madge sueña con ser periodista y confía mucho en que usted la ayude en sus sueños. Me convenció para venir a conocerla. Pero si he de serle franco, he venido para saber si con mi historia podría escribirse una columna seriada de cierto interés.

—Eso depende de usted.

—¿De mí? ¿Por qué?

—Porque referir al lector lo que ya sabe por todos los periódicos y emisoras locales, carece de interés. Publicar sus protestas de inocencia y sus probables estallidos de rencoroso mal humor, también. Nadie iba a creer seriamente en sus razones, ya que le sobran motivos para ir contra el actual sistema de administración ciudadana.

—Entonces, ¿qué pretende de mí para que me constituya en

«noticia»?

—Usted no es un ciudadano cualquiera, Mulligan. Es un policía, ha sido detective, y no de los malos, según creo. He sabido que resolvió el asesinato de Mabel Wilson, el año pasado. Era un asunto difícil, y lo aclaró usted. Demuestre que es tan buen detective consigo mismo. Descubra al culpable o culpables de su caída. Vaya facilitándome la exclusiva de sus pesquisas. Y yo haré de usted la mejor «noticia» del momento.

Jack Mulligan estudió la propuesta. Lena Martin podría ser lo que se quisiera, cuando se sentaba ante su máquina de escribir para destrozár reputaciones. Pero era muy lista. No se prestaba fácilmente al cómodo juego de echar barro sobre los contrarios políticos, sin fundamento de causa.

—Muy sensato —admitió Jack, cruzando con ella su mirada de jugador de póker. Y por lo menos tenía la seguridad de que la reporter no sabía en ese momento si él tenía en las manos una escalera de color o un «farol»—. Suponga que acepto.

Los ojos de Lena Martin brillaron. Sus labios se arrugaron, en un mohín.

—Adelante, pues, Jack Mulligan. ¿Tiene un sistema preconcebido para buscar indicios?

—No. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Yo le puedo dar el mejor camino.

—¿Usted?

—Pero usted ha de darle antes el visto bueno. Imagínese que título mi columna: «Jack Mulligan, el policía expulsado, declara ser inocente. Sigue una pista que va a conducirle directamente a los verdaderos culpables. Pronto, el *Sentinel* ofrecerá a ustedes las pruebas de que la corrupción de Bay City tiene responsables insospechados. Jack Mulligan será nuestro informante». ¿Sería explosivo?

—Podría ser dinamita. Para hacerme volar a mí en pedazos —rió Jack.

—Sí, por eso dije que usted había de aceptarlo o rechazarlo previamente —pensativa, Lena se rascó el lóbulo de una de sus orejas. Las tenía muy bonitas—. Puede ser peligroso. Alguien se pondrá en guardia. Intentarán eliminarle tal vez...

—Y según su maquiavélico proyecto, señorita Martin, yo debo

evitar que me asesinen, y descubrir a quien tal cosa intente, aprovechando su salida del anónimo.

—Justamente. Ha leído usted mis pensamientos, es evidente.

—Me ha bastado con leer los míos. —Mulligan respiró con fuerza. Guiñó un ojo a Madge—. Ya oíste, pequeña. Tu querida amiga Lena Martin gusta de los caminos retorcidos y de los juegos a sangre fría.

—¿Y usted no?

—Mi sangre no es de hielo, hermana. A veces, incluso, la tengo demasiado caliente. Pero trataré de ajustarme a ese juego, porque me gusta. De acuerdo. Ponga usted ese titular en su columna. Y que me ahorquen, si no le presenta pronto pruebas contundentes de unas cuantas cosas sucias que hacen oler mal a esta ciudad.

—¡Bravo, Mulligan! Un chico valeroso..., e inteligente. Si así ocurre, mi periódico le abonará mil dólares por columna. La primera, será solamente de quinientos, porque es una simple prueba, y todo puede quedarse en un «fiasco», en una finta al aire.

—No se quedará, puede estar segura. —Jack estrechó la mano de la periodista. La tenía pequeña, cálida y tersa—. Hasta pronto, hermana. Y tú, Madge, suerte en tus proyectos. Al lado de este lince con faldas, aprenderás mucho, tenlo por seguro...

Guiñó un ojo a ambas, y se encaminó a la salida. Antes de abandonar el saloncito del periódico, se volvió hacia ellas. Lena Martin sonreía. No supo si triunfalmente o sólo divertida por el juego en que se quería meter.

—Ah, me olvidé —dijo el ex detective—. ¡Mis saludos al candidato Craig! Si esto sale bien, dígame que le prometo votar por él...

Salíó, silbando alegremente «Stormy Weather». Cuando pisó la calle, respiró hondo y contempló las líneas de modernos edificios, las fachadas centelleantes de cristales y galerías. Bay City era una linda ciudad, pensó. Pero sería mejor el día en que los servicios de limpieza ahondaran algo más allá de su epidermis de cemento.

—Tal vez las cosas empezaban ya a encarrilarse en esa dirección.

Disponía de poco tiempo esta noche. Su primera cita estaba concertada, y tendría lugar en aquel pequeño chalet de la carretera del lago, a las ocho de la noche.

Posteriormente, quedaban dos citas más en pie: Dino Franciosa y Signe Smundsen. Pero la que le interesaba que no pudiera ser sorprendida por nadie, era la primera. La entrevista en el *bungalow* de la milla 136, de Lake Road, frente al Hurón.

Cambió de taxi cuatro veces, hasta alcanzar los astilleros. Allí, en un garaje, frente a los altos cercados industriales, alquiló un pequeño descapotable pasado de moda, dejando quinientos dólares en garantía, y dando como su nombre el de James F. Brown. El encargado de alquilar coches no puso objeciones al nombre ante el pago de la señal de garantía, y Jack emprendió la marcha por la carretera, hacia el norte, y bordeando los grandes bosques por un lado, y las aguas del gran lago por el otro.

Finalmente, se adentró por un sendero vecinal, que corría paralelo a la carretera, más allá de la milla 135, y lo detuvo entre un denso y aromático bosque con el olor balsámico de los pinos.

Tuvo que caminar un trecho a través de una zona arenosa hasta llegar de nuevo a la carretera. Ya estaba oscuro y la luz convenida brillaba en una ventana alta del chalet. Era una luz con pantalla verde. Tal y como quedaba dicho anteriormente.

Eso indicaba que todo iba bien. Mulligan oteó la carretera a un lado y a otro. Se parapetó tras unos arbustos cuando vio brillar dos faros, procedentes de la ciudad. Una furgoneta de carrocería amarilla, con el rótulo llamativo de una empresa de medicamentos y productos químicos, pasó vertiginosa y se perdió en una curva.

Mulligan reanudó la marcha. El aire en aquella región era húmedo y frío. Una neblina persistente comenzaba a condensarse sobre los bosques.

Alcanzó las cercas de ladrillo y barrotes pintados con esmalte verde. La puerta estaba entreabierta, ajustada a la tierra arenosa con una piedra. Jack pasó la punta del pie entre los hierros, alejando de un golpe la piedra. Luego, empujó la entrada y se aventuró por entre unos setos bien cuidados, hacia un porche rústico, sin alumbrar.

Esta puerta estaba cerrada. Pero Jack tenía la llave. Extrajo el llavero del bolsillo, introdujo una Yale en la cerradura, e hizo girar

ésta sin ruido. Entró resueltamente. La casa estaba a oscuras, a excepción de una lámpara que brillaba en la escalera de acceso al piso alto, al fondo del vestíbulo. Subió con paso rápido, y al llegar a la planta superior, avanzó por el pasillo, hacia la puerta tras la cual se filtraba, a ras de la alfombra, y por la rendija, una línea sutil de luz verdosa.

Golpeó en ella con los nudillos. Fueron varios golpes intermitentes, en forma convenida. Dentro, una voz breve dio la respuesta:

—¡Adelante!

Jack movió el pomo. Entró en la estancia.

Estaba esperándole, sentado tras una mesa despacho, con una botella descorchada, de legítimo *whisky* escocés, y dos vasos mediados de licor. También había soda y unos cubitos de hielo, bailoteando en la mezcla.

—Bien venido, sargento Mulligan —saludó risueñamente el hombre que le aguardaba—. Puntual, como siempre.

—No lo sería tanto a una cita con una chica, señor —dijo escuetamente Mulligan.

El otro sonrió, asintiendo. Le tendió un vaso de licor.

—Vamos, siéntese, y beba, muchacho. Luego hablaremos.

Jack aceptó el vaso. Su interlocutor se peinó mecánicamente con los recios dedos bronceados el cabello, de un blanco de algodón.

Tras beber un sorbo, se acomodó en una silla, frente al hombre del *bungalow*. Éste, observándole con una media sonrisa cordial, inquirió:

—Bueno, sargento. Después de tan duras pruebas..., ¿algo positivo?

—Todavía nada. Pero creo que estoy cerca de algo serio, señor.

El capitán Hugh Bakers, de Detectives, afirmó, esperanzado.

—Sé que usted llegará al fondo de la basura que nos rodea, sargento. Es el único capaz de hacerlo..., y el único, también, que hubiera seguido esta farsa hasta el fin, con todas sus consecuencias. Por eso le elegí a usted...

CAPÍTULO IV

El capitán Bakers escuchó atentamente todo su relato. Desde las brutales palizas del agente Reagan hasta la oferta de Lena Martin, del *Sentinel*. No omitió su choque con «Druggs» Walcott, en el «Blue Stork», su charla telefónica con Franciosa, su encuentro con la Smundsen, o «Doble S», como la llamaban muchos, por sus dos letras iguales en la inicial.

Al final de la charla, Hugh Bakers llenó de nuevo los vasos, mezclando soda y *whisky*. De una bandejita tomó unos cubitos de hielo, que echó en los recipientes.

—Parece haber promesas por todas partes —confesó—. Pero ninguna realidad aún. Claro que es pronto todavía. Demasiado pronto para esperar nada positivo. Sin embargo, usted está en la mente de muchos, y eso es bueno. Alguien puede dar un paso en falso y descubrirse sin querer.

—No será fácil de todos modos, capitán. Quien sea, se oculta muy bien. Y no es tonto.

—Usted tampoco lo es. A estas horas, todo el mundo se ha tragado la historia de que usted ha sido expulsado de la policía. Incluso sus compañeros, superiores, absolutamente todos.

—De modo que solamente usted y yo conocemos la verdad.

—Tal como convinimos, Mulligan. Era imprescindible hacerlo así, si queríamos tener la menor probabilidad de éxito. Ha sido doloroso para usted, pero...

—¿Doloroso? —Jack se tocó las señales del rostro—. Sí, sobre todo para lo que corrió a cargo de Reagan.

—Es un mal policía, uno de esos seres que dañan a nuestro Cuerpo, Mulligan. No esperaba que le tuviese tanto odio. Pero cuando lo advertí, era tarde. No podía evitarlo o corríamos el riesgo

de que alguien sospechara que todo era un truco, y no resolviéramos nada.

—Algún día le devolveré a Reagan algo de todo esto —dijo lentamente Jack, con una mueca—. Lo realmente importante ahora es que mi expulsión siga pareciendo real. ¿El jefe de policía también ignora la verdad?

—Sí, Mulligan. No me fío de él ni de nadie —suspiró Bakers—. Esto es penoso, pero refleja la desconfianza actual hacia todo el mundo. Si hay elementos en Bay City que se dejan sobornar, si hay personas que apoyan al crimen y al delito organizado, y sabemos que dentro de la propia policía están esos sórdidos personajes, como tal vez lo estén en la propia administración política de la ciudad, no podemos tener seguridad absoluta de la lealtad de nadie, ni confiar en la honradez de ningún ciudadano.

—Me siento más tranquilo así.

—No debe sentirse nunca tranquilo —sonrió el capitán de detectives—. Yo mismo podría ser ese hombre corrompido de nuestro Departamento, el que recibió los cincuenta mil dólares para encubrir un robo de quinientos mil. El que, según todas las pruebas, también se habrá dejado sobornar en casos como el doble asesinato del Bulevar Michigan, o el tráfico de drogas con Canadá, a través del lago Hurón, hace dos años.

—Sí, podría ser usted —rió Jack, burlonamente—. Pero no lo creo, capitán.

—Gracias por su confianza, Mulligan. —Bakers entrelazó sus dedos, pensativo—. Creo que solamente podemos confiar el uno en el otro. Seguiremos llevando esto en el más estricto secreto. Me enviaré en la forma convenida todo informe que sea útil. Su convenio con Lena Martin no gustará al alcalde Forbes, estoy seguro de ello. Pero en las actuales circunstancias, no debe preocuparnos eso. Oficialmente, no es usted policía. Y cuando Forbes sepa que sigue siéndolo en realidad, será señal de que habremos llegado al fondo de la cuestión, que todo estará claro, y no tendrá otro remedio que olvidar esa jugarreta con el *Sentinel*, para felicitarle.

—Suponiendo que no esté metido él o su política en la suciedad de Bay City —comentó Jack.

—En ese caso, no nos preocuparía en absoluto su opinión, porque Forbes terminaría en presidio o en un lugar mucho peor.

Usted tiene fama de duro. Demuéstrelo en este caso. Quiero echarle la zarpa a la gentuza que ha enfangado Bay City. Haga cuanto pueda. Pisotee a quien sea, si ello es absolutamente preciso.

—Según a quien encuentre bajo mi pie, pisaré sin vacilar, capitán —dijo Mulligan con voz sorda—. Puede estar seguro de ello.

—Muy bien —el capitán Bakers se puso en pie—. Ya está todo resuelto. Siga adelante, y ya me avisará de las novedades que se presenten. Cuídese, Mulligan. ¿Tiene un arma?

—Sí. La guardo en casa. Pero esta noche, para mi visita a los emperadores del hampa, es posible que la lleve encima.

—Llévela. ¿Aún posee su licencia?

—La tengo. Es una licencia privada para un arma de pequeño calibre. Pero sirve. Una del 32 puede matar igual que una del 45, si se sabe disparar a tiempo y bien.

—Seguro —rió Bakers—. Y nadie pondría en duda que usted sabe tirar. Sobre todo, yo. Aún recuerdo que es el número uno de tiro al blanco y de precisión en los entrenamientos de su promoción.

—De eso hace mucho tiempo. Pero confío en que cuando sea preciso, no haya olvidado mi habilidad. Hasta pronto, capitán.

—Hasta pronto, sargento.

Los dos hombres se estrecharon la mano con firmeza.

* * *

Jack Mulligan sopesó la automática.

Era una

«Smith & Wesson»,

calibre 32. Pequeña pero mortífera. Reflejó en su empavonado negro azul la luz del dormitorio de Jack. Éste la sepultó en su bolsillo. Echó a andar hacia la puerta.

El timbre sonó cuando casi apoyaba la mano en el pomo. Retiróse vivamente, como si éste se hubiera convertido en un peligroso ejemplar de la cobra venenosa. El timbre, tras una breve pausa, zumbó de nuevo.

Jack palpó el bolsillo de su chaqueta. Dudó un momento diciéndose si debía de abrir pistola en mano. Por fin, juzgó que eso era excesivo y abrió de un tirón.

Lo hizo con tal brusquedad que el hombre erguido en el

corredor dio un respingo. Luego, un rostro conocido le sonrió, aliviado.

Identificó en seguida a su visitante. Era de cierta importancia. Y totalmente inesperado. Se trataba de Bruce Karman, el secretario particular del alcalde Forbes. Un hombre joven aún. Había sido periodista y político, antes de pasar a ocupar el cargo con Forbes.

—Hola, Mulligan —saludó—. ¿Puedo entrar a verle?

—Ahora salía yo. Pero si va a ser breve...

—Oh, entonces es igual. Saldremos juntos. Podemos charlar en la calle, en mi coche o en un bar. ¿Le parece bien?

—Sí. Voy hacia Alameda Side.

—Buen barrio —ponderó sonriente el rubio y esbelto Karman, achicando los claros ojos tras sus lentes con montura de oro—. Le puedo llevar allá si quiere.

—De acuerdo, iba a tomar un taxi. Supongo que el coche de un hombre como usted, será mucho más confortable.

—No es un último modelo, pero puede pasar —rió Bruce Karman—. Vamos.

Descendieron. Era un «De Soto» azul y blanco, largo de líneas y realmente bello, aunque no fuera el modelo del último año. Tenía un número muy bajo de matrícula, señalando la importancia de su dueño. Karman era importante.

Jack Mulligan se sentó junto al dueño del coche. Arrancó éste suavemente, hacia el sudoeste de la ciudad. Karman habló con la vista fija ante sí:

—¿Le sorprendió mi visita, Mulligan?

—Un poco. Hay pocas cosas que me sorprenden ya. Pero ésta fue de esas pocas.

—Usted y yo hemos tenido poco trato, ciertamente. Sin embargo, al señor Forbes le interesa mucho todo lo relacionado con el soborno a la policía y los robos y delitos de toda especie que últimamente ha habido en Bay City. El no cree que usted sea culpable.

—Vaya... Eso es toda una sorpresa, señor Karman. ¿Por qué no lo cree?

—No lo sé. Pero puedo sospecharlo. El señor Forbes le ve otras raíces más profundas a todo esto. Algo que va más allá de un simple sargento de detectives y de un par de bribones más o menos listos.

Él sabe que son peces gordos los que le están llevando al caos, los que han minado su administración, hasta el punto de ofrecer un panorama tan podrido como un trozo de queso lleno de gusanos.

—¿Y qué ocurre, al no creer en mi culpabilidad? ¿Va a reintegrarme bajo su propia responsabilidad al Cuerpo de Policía?

—No, no. Sabe usted bien que él no puede hacer eso. Es cosa que compete al gobernador del Estado, no a un simple alcalde. El señor Forbes solamente desea hacerle una oferta: que trabaje usted para él.

—¿Yo? ¿En calidad de qué? —Jack le miró con profunda sorpresa.

—Su oficio es el de detective, expulsado o no. Pues, naturalmente, en calidad de tal.

—¿Detective... privado, quiere decir?

—Eso es. Un detective al servicio de Edmond Forbes, alcaide de Bay City.

—¿Para descubrir qué parte de su organismo político está corrompido?

—No.

Jack estudió con asombro el perfil hierático, inexpresivo, del secretario de Forbes. Si no era eso lo que quería, ¿qué podía desear Forbes de él? No había más directo camino que preguntarlo. Y así lo hizo:

—¿Para qué, entonces?

—Usted sabe que ahora se acercan las elecciones para reelegir alcalde. Hay gentes desaprensivas, en el lado opuesto, que quieren embrollar a Forbes en cosas sucias, que le desprestigian a ojos de los demás. Y es posible que utilicen cosas... privadas, a tal fin.

—Supongamos que acepto. ¿Qué cosas privadas son esas?

—La mujer de Forbes.

—¿Eh?

—Eleanor Forbes, la esposa del alcalde. Su pasado no es limpio. Pero eso lo sabía mi jefe cuando la eligió por mujer. Creo que el pasado de uno, deja de contar, si a partir de cierto momento de la vida, se emprende otro camino.

—Sí, eso es verdad..., siempre que no se vuelva al camino antiguo.

—Ése es el caso de la señora Forbes. Una mujer de vida poco

edificante, que en cierta ocasión ve la posibilidad de rectificar y olvidar. Se casa con Forbes, un político joven, ambicioso y noble en sus métodos. Ella no le oculta nada de su pasado. Forbes, aún a sabiendas de que todo ello puede ser un serio «handicap» el día de mañana en su carrera, lo arrostra todo. No es un mojigato ni un puritano, y cree en ella. El matrimonio marcha bien. Nadie relaciona a Eleanor Forbes con... con la mujer que fue, ni con el nombre que entonces usó. Hasta que alguien aparece. Alguien que tuvo relaciones íntimas con ella, diez años atrás.

—¿Quién?

—No, no, señor Mulligan —sonrió el secretario—. Le estoy refiriendo secretos importantes, sin saber aún si aceptará o no. Pero no voy a ampliarlos con nombres, a no ser que me prometa solemnemente hacerse cargo del asunto.

—¿Qué asunto?

—Buscar pruebas de los delitos de ese hombre. Los suficientes para expulsarlo de Bay City, todo lo necesario para apartarle de la señora Forbes, a quien puede, en un momento dado, desenmascarar ante la opinión pública. La oposición utilizaría bien ese secreto. Y no sólo para su campaña electoral, sino para hundir a la señora Forbes..., que estoy seguro tomaría cualquier desesperada decisión para escapar de la vergüenza pública de tales revelaciones.

—Entiendo. ¿El hombre en cuestión está extorsionándola o haciendo chantaje a su costa?

—No..., pero eso puede ocurrir. Tal vez no pida dinero. Pedirá concesiones, pedirá el abandono de Forbes o, tal vez, su reelección segura, a cambio de algo. Ese algo será lo que sirva a sus fines. Forbes no tendrá otro remedio que ceder..., y ser reelegido, en el mejor de los casos, con una base de fango que le aniquilará humana y políticamente.

—Usted aprecia mucho a su jefe, ¿no es cierto, señor Karman?

—Sí —confesó el secretario, tras una leve duda—. No sólo le aprecio, sino que le considero un gran hombre. Un tipo magnífico, capaz de llevar con buena mano Bay City, y una ciudad diez veces mayor, si es preciso. Pero sin obstáculos, sin traiciones dentro de su propia organización, como está sucediendo ahora. Y, sobre todo, sin sentirse atemorizado, acomplexado por el riesgo constante de un chantaje en gran escala, que puede ser la ruina de todos. Por eso

quiero salvarle. Hemos hablado de todo esto. Y hemos pensado en usted. Usted puede salvar a la señora Forbes de su humillación. Y a su esposo del caos político y sentimental.

—De veras me gustaría ayudar a Forbes, si es ése el caso —musitó Jack, retrepándose en el asiento—. Cuando hay una dama de por medio, me vuelvo sumamente sensible. Pero ocurre algo que me impide aceptar.

—¿Qué es ello, Mulligan? —Bruce Karman volvió hacia él sus ojos celestes y fríos.

—Lo sabrá comprando mañana el *Sentinel*.

—¿Eh? ¿Esa bazofia al servicio de Craig? ¿Se le ha ocurrido tal vez venderse a ellos?

—Yo no me vendo a nadie, señor Karman, a pesar de lo que de mí se diga —cortó glacialmente el ex detective—. Recuerde bien eso.

—Oh, perdone. No quise decir eso. En realidad me ha sorprendido tanto su manifestación... Yo ya conozco bien a los del *Sentinel*, desde Herb Archer hasta esa linda arpía que se llama Lena Martin. Si usted declara algo para ellos, convertirán lo más simple en algo nauseabundo.

—Lo que a mí me ha ocurrido no es simple, Karman. Ni tengo por qué ser leal a nadie. Los demás no vacilaron en tratarme a puntapiés, llegado el momento.

—No fue cosa de Forbes ni nuestra...

—Yo no sé de quién fue. Pero lo único que he prometido al *Sentinel* es descubrir al auténtico culpable de todo. Desenmascarar a los sobornados, señalar a los que sobornan, roban y matan. Voy a luchar en eso, aunque me juegue la vida en el intento. Y será lo que publicará el *Sentinel* en sus columnas. No sé a quién acusaré, porque no sé lo que hay detrás de todo esto. Sólo soy una víctima que no se resigna a serlo.

—Está bien. —Bruce Karman suspiró, inclinando la cabeza—. Es posible que su rencor y su justa indignación le hayan dictado esa decisión. Pero es errónea. Puede perjudicar a mi jefe, que no tuvo culpa de ello, y puede, como usted ha dicho, hacer peligrar su propia vida. Mi impresión es que se juegan muy altos intereses en todo esto. Los que no vacilan en sobornar a un policía tampoco vacilan en sobornar a un hombre.

—Ya le he dicho que no correré el riesgo, Karman. Puede buscar en la guía telefónica. Encontrará más de diez buenos investigadores privados que le ayudarán a salvar el nombre de la señora Forbes de las salpicaduras de lodo. Eso es todo.

Karman asintió con la cabeza, muy despacio. Dobló una esquina, atravesó un largo trecho de avenida arbolada en silencio, dio otro giro al final, y se encontraron en Alameda Side, brillante y amplia. Con hileras de hoteles, residencias, restaurantes, *boites* y clubs nocturnos, en una borrrachera de luz fluorescente de mil colores.

—Hemos llegado, Mulligan —dijo secamente el secretario de Forbes, frenando el «De Soto» con suavidad—. Su destino: Alameda Side.

—Gracias por el viaje..., y por la oferta, Karman. Siento no poderle ser útil.

Abrió la portezuela y saltó a tierra. El secretario del alcalde se hallaba, evidentemente, contrariado. Y no lo disimulaba. Encajó las mandíbulas, contemplándole con aire pensativo. Finalmente dijo:

—A pesar de todo, Mulligan, no quiero cerrar del todo la puerta, ni admito que usted me cierre la suya. Si entretanto ocurre algo que le hace cambiar de idea..., llame a la oficina del señor Forbes y pregunte por mí, antes de cuarenta y ocho horas. Será indicio de que lo ha pensado mejor..., y acepta finalmente.

—Gracias..., pero creo que por la puerta, aunque siga abierta, no pasará nadie...

Se alejó. Oyó a sus espaldas la suave marcha del automóvil, alejándose también de la avenida. No se volvió ni una vez.

«The Tower» se destacaba ante él, plena de luz, en la distancia. Era el alegre mundo regido por Signe Smundsen, la sueca que regía un sector de los bajos fondos de la ciudad.

Cruzó una acera amplísima, bajo los parpadeos centelleantes de la fachada de «The Tower». Su nombre era justificado. El edificio lo constituían cuarenta pisos de cristal, hierro y cemento, en forma estrecha y aguda, como una sorprendente aguja dirigida al cielo negro de la noche. Esa verticalidad maciza estaba recubierta de fulgurantes destellos de varios colores, con predominio del rojo y el verde.

Un portero impresionante, uniformado de escarlata, con galones dorados y adornos de un intenso amarillo, abría un «Cadillac»

interminable en aquellos momentos. Jack Mulligan se dijo que sería lo primero que hubiese adquirido, de ser cierto el cuento de los cincuenta mil dólares de soborno. Un coche como aquél, parado ante un sitio, parecía capaz de tener longitud incluso para continuar más allá de la próxima esquina.

—Elige mal camino, Mulligan.

Aquello lo habían dicho muy cerca de él. Y evidentemente, no había más Mulligan que él en toda la acera. Giró la cabeza hacia un rincón relativamente en sombras, tras los grandes macetones de plantas que flanqueaban la alfombra de entrada al club de Signe Smundsen.

Encontró a un hombre. Le conocía. Ese hombre se llamaba Ned Korvin. Muchos, en la policía, le llamaban «El Cantor». Y no precisamente porque supiera cantar. Era una forma de señalar al clásico confidente. Ned Korvin era gordo, fofo y sudoroso. Tenía poco pelo, y su empeño en cubrir con él la redonda, pelada cabeza, resultaba ridículo e inútil. Los ojos recordaban a los de una carpa.

—Hola, Korvin —dijo fríamente Jack—. ¿Tú también estás en juego?

—¿Qué juego, Mulligan? —Ned Korvin se hizo el inocente.

—Supongo que no te han puesto aquí para suplir una farola, ¿verdad?

—No, claro. Alguien me dijo: «Ve al chamizo de la Smundsen y vigila si va por allá tu buen amigo Mulligan. Si le ves, dile que eligió mal el camino».

—Eso ya me lo has dicho. ¿Quién te lo dijo a ti, «Cantor»?

—No debe uno descubrir a quien le hace un encargo confidencial.

—¿«Druggs» Wilcox?

—Ya le he dicho que uno no debe...

—¿Dino Franciosa?

—Bueno, yo no digo nada. —Korvin sonrió de oreja a oreja. Sudaba como un condenado—. Pero si usted lo dice, no tengo por qué decir «sí» ni «no»...

—Ya. Tú siempre tan elocuente, «Cantor» —Jack le miró de hito en hito—. Ahora no soy un policía, de modo que te sobra el quererme ayudar.

—Usted nunca se portó mal conmigo, sargento. Por eso debo

ayudarle un poco. Déjeme que le avise. Ha elegido...

—Mal camino, sí. Ya lo sé. Ahora no pueden culparte a ti de que lo siga, puesto que yo soy el único responsable. Sé buen chico, «Cantor», y lárgate. Ya te avisaré si te necesito alguna vez, aunque no sea policía.

—Claro, Mulligan —volvió a sonreír y ahora pareció que incluso sobrepasaba sus formidables orejas—. Yo siempre soy el mismo. Y déjeme advertirle algo más. Los malos caminos están cuajados de espinos. Y quien dice de espinos..., dice de balas. Adiós.

—Buenas noches, Korvin.

«Cantor» se alejó por la alameda. Jack le vio perderse entre un grupo de hombres y mujeres de etiqueta, que se dirigían al local de Signe Smundsen.

Jack se movió hacia la puerta de «The Tower» también. La luz en su umbral era tan intensa que bañaba a uno en raudales de luminosidad coloreada.

De repente, Jack Mulligan tropezó en uno de los pliegues de la alfombra. Cayó de rodillas y se dobló contra el suelo, dando de bruces en él.

Una canción ensordecedora, de rápido y monótono ritmo, siguió a su acción. Unos miles de dólares en soberbios espejos de casi seis metros de altura, formando los muros de entrada al local, se vinieron abajo en pedazos, con un estrépito escalofriante.

CAPÍTULO V

El tableteo de la ametralladora continuó aún, llenando la noche de sincopados impactos, barriendo toda la fortuna en cristalería del vestíbulo de «The Tower», y haciendo chillar histéricamente al portero de lujoso uniforme escarlata y al grupo de alegres jóvenes, mientras ante sus ojos se devastaba velozmente la belleza y suntuosidad del lugar.

Jack Mulligan, pegado a tierra, reptó, hasta zambullirse entre unas macetas, cuando ya la alfombra se cubría con enormes agujeros, igual que si unas polillas colosales hubieran decidido cribarla a placer.

Las balas tintineaban que era un primor entre la gente y los adornos, y llegaban, rebotadas, al asfalto de la calzada. Algunos proyectiles, tras el rugido intermitente y brutal de la ametralladora que los vomitaba, fueron a despedazar macetones, llenando la acera de tierra, plantas tronchadas y trozos de loza arcillosa.

Pero ya entonces no estaba Jack Mulligan allí, sino que su figura, en agilísimo brinco, había logrado penetrar en el local, cruzando por encima del caos de vidrios, para ocultarse tras el recodo de la amplia puerta.

Un poderoso motor rugió afuera, y los disparos de ametralladora cesaron. Jack Mulligan saltó de nuevo a la acera, esta vez con su automática entre los dedos. Se sintió igual que si hubiera llevado un cazamariposas en la mano.

El coche desde donde barrieron el lugar a balazos, no aparecía por parte alguna. Amedrentados, el portero y los clientes se replegaron cuando Jack volvió a ellos su mirada endurecida.

—¿Vieron a los que disparaban? ¿Desde dónde lo hicieron?

—Desde... un coche —el portero fue el primero en salir de su

estupor.

—¿Qué coche? ¿Dónde estaba? —apremió Jack, violento.

—Allí —el hombre señaló a una bocacalle situada frente a «The Tower»—. Apenas si pude verlo. Estaba parado de espaldas a este local. Debieron disparar a través de la ventanilla posterior, y arrancaron tan rápidamente como dispararon.

Los ojos de Mulligan recorrieron el lugar, tan desierto como si nadie hubiera estado allí un momento antes, sembrando de ruinas la acera. En la distancia, el motor de un automóvil a toda velocidad se perdía hasta no ser percibido.

Inclinó Jack la cabeza, pensativo.

—Bueno, supongo que sería inútil perseguirlo —comentó, con voz fría. Avanzó hacia la puerta del club nocturno y guardó su arma—. «Cantor» tuvo razón... El camino equivocado estaba lleno de espinos. Espinos de calibre 45, particularmente mortíferos...

Un juego especial de seis ascensores conducían al último piso del edificio, que era realmente el club nocturno conocido en todo Bay City como «The Tower». Se cruzó con infinidad de gentes alarmadas y pálidas, que corrían a la calle, para averiguar lo sucedido. Respondió parcamente a las preguntas que se le dirigían, confesando con admirable tranquilidad que apenas si había visto algo, pero que le pareció que los tipos de dos coches se enfrentaban a tiro limpio en la calzada.

Estaba seguro de que momentos después, sugestionados por su versión, todos asegurarían lo mismo, tan convencidos. Sonreía Jack, pese a la tensión de su rostro, cuando uno de los seis ascensores del club nocturno te subía a velocidad meteórica hasta la cúspide de la torre de cemento.

* * *

Signe Smundsen, con un traje de noche pegado al cuerpo, era algo electrizante. Y no precisamente por el traje. Además, toda la tela que a éste le sobraba en torno a las piernas, y aún detrás de éstas, formando una suntuosa cola, faltaba en la parte superior, hasta un punto inverosímil.

Le recibió en su santuario de «The Tower», un saloncito, mezcla de *living* y de oficina, con un moderno aparato de televisión, un

tocadiscos y un mueble bar, todo ello formando un incongruente conjunto con una mesa repleta de papeles, un fichero metálico y una caja fuerte, empotrada en el muro.

Jack Mulligan fue conducido allí por una especie de gorila vestido de etiqueta. Pero a pesar de su aspecto espantable, de sus velludas y cortas manos y su rostro simiesco y peligroso, el tipo resultó sociable cuando te mostró la tarjeta.

Y le llevó en derecha hasta Signe Smundsen, la famosa «Doble S» de los bajos fondos. Unos bajos fondos de altos vuelos, a juzgar por el lujo, el dineral empleado en «The Tower». Y ésta, a fin de cuentas, no era sino la pantalla dorada que Signe ponía a sus auténticas actividades. Unas actividades que conocía todo el mundo, menos la policía y los jueces.

Ella le tendió un alto vaso de licor. Jack no lo rechazó. Entretanto, Signe tomó otro, agitando su contenido con una varilla de plata. Miró fijamente a Jack, dando unos pasos por la estancia.

—¿De modo que Franciosa ha tratado de borrarle de este mundo, Mulligan? —le espetó.

—Eso parece —asintió Jack—. Si no era Franciosa, ¿quién iba a ser? Usted no...

—Yo no ametrallo a la gente —dijo ella con sequedad—. Ésas son cosas de los sicilianos.

—Apuntaron mal, de todos modos. Lo siento por sus espejos del vestíbulo, señorita Smundsen.

—Yo lo hubiera sentido más por usted, si llegan a atinarle. No quiero que le ocurra nada..., sobre todo estando en mi casa. Porque esto puede ser indicio de que ha considerado mi oferta... y viene a trabajar para mí.

—Es muy posible, sí. Pero aún no he pensado en dedicarme a pistolero.

—Me sobran pistoleros —la frialdad de ella se hizo ostensible. Era un hermoso carámbano, vestido de seda—. A usted le quiero para algo mejor, Mulligan.

—¿Por ejemplo?

—Necesito un cerebro que piense por mí, cuando yo tengo otras cosas en qué ocuparme. De usted depende que sea ese cerebro.

—Me gusta pensar siempre por mí mismo, no por los demás.

—¿Ni aunque hacer esto le reporte diez mil dólares mensuales?

Jack silbó entre dientes. Era mucho dinero aquél. Miró fijamente a Signe Smundsen.

—Eso cambia las cosas. Podría pensar incluso como Napoleón, por algo así —confesó.

Signe se inclinó hacia él. Jack contuvo el aliento. Aquel endiablado traje, al adoptar la sueca tal posición, resultaba tan nulo como si no llevara nada encima. Y ella lo sabía.

—Es mi oferta, Mulligan —dijo suavemente—. Diez mil mensuales. Será usted mi brazo derecho, mi aliado más firme contra Franciosa.

—¿Por qué yo? —inquirió agudamente Jack.

Ella no se movió de su postura, a pesar de todo. Se limitó a manifestar:

—Es usted un hombre de la especie que andaba buscando. Además..., me gusta usted, Mulligan.

—¿De veras? —El ex policía enarcó las cejas—. No creí que fuera su tipo...

—Pues lo es —se acercó más a él. Entreabrió los rojos labios—. Bésame, Mulligan.

Jack lo hizo. Y a ella debió gustarle, porque le echó los brazos al cuello. Mulligan insistió prolongadamente...

Cuando ella se apartó, sus ojos centelleaban. Parecía una tigresa triunfal.

—Besas muy bien —dijo con lentitud—. Vas a quedarte conmigo, ¿verdad, Jack? Trabajarás para mí..., y no te arrepentirás de ello. Todo puede ser tuyo, si eres inteligente... y sabes comprenderme, querido.

—Yo sé comprender a todo el mundo, encanto —suspiró Jack Mulligan—. Lo realmente importante es que me comprendan a mí. Y eso no es tan fácil. En primer lugar..., ¿qué mil diablos buscas en mí con tanto ahínco y tanto almíbar?

—¿Eh? —Signe le miró con una expresión de sorpresa en sus ojos seductores—. Jack, no te comprendo... Yo te ofrezco cuanto poseo, cuanto puedo ofrecerte, y tú... me preguntas como si quisieras acusarme de algo.

—Mira, Signe. Hay cosas que conozco bien. Y una de esas cosas, es la mujer. Tú eres mujer, y de las que siempre hacen y aparentan lo contrario de lo que piensan y son. No vas a engañarme,

preciosidad nórdica. ¿Qué juego te traes conmigo?

—Te he dicho que me gustas... Que eres un tipo de quien una puede chiflarse.

—Tal vez. Pero no tú. No eres una colegiala ni una ingenua palomita. Me quieres a tu lado, de acuerdo. Me ofreces un fortunón por no hacer nada. De acuerdo también. Pero encima, te derrites por mí. Y es eso lo que no me gusta. Estás mintiendo, Signe. Y quiero saber por qué...

—¡Eres un maldito estúpido! —chilló histéricamente la sueca, dando una patada rabiosa en el suelo alfombrado—. ¡Soy hermosa, rica y tengo poder, influencias...! ¡Haré alguien de ti, aunque seas ahora un piojoso policía expulsado... y todavía me pides explicaciones! ¿Es que te has vuelto loco?

—Tal vez. Todos los locos aspiran a algo imposible. A tocar las estrellas con la mano, por ejemplo. Y tú estás demasiado baja para poderte comparar con los astros. Rozas el fango, Signe. No me interesas como gran amor. Pero todavía puedo serte útil como empleado a pesar de todo. No haré ascos al trabajo... sin condiciones previas.

—¡Eres un...! —comenzó Signe. Se detuvo al sonar insistentemente el repiqueteo suave, tamizado, de un aparato telefónico especial, color crema, que reposaba sobre su mesa despacho.

Ella se detuvo antes de lanzar un epíteto violento con una furia muy poco septentrional, y se aferró al teléfono irritadamente.

—¡He dicho que no me molestaran, Lem! —Silabeó, mientras sus belicoso busto palpitaba como si fuera a escaparse del precioso traje de noche—. ¿Eh? ¿Qué dices?... Oh, eso es diferente...

Se había detenido, escuchando atentamente. Asintió con la cabeza un par de veces. Después, apenas moduló unos cuantos monosílabos sueltos:

—Sí... Ya, ya... Sí, Lem... Adiós...

Colgó. Cuando Signe Smundsen se volvió hacia Jack Mulligan, sus ojos fulguraban de un modo fijo, virulento. Algo había cambiado en ella. Estaba pálida, apretaba sus labios con firmeza, y la barbilla se adelantaba agresivamente. Habló tajante:

—Bueno, Mulligan. Puede marcharse.

—¿De veras? —Jack enarcó las cejas—. ¿Quiere decir que ya ni

siquiera le interesa como, empleado?

—Eso es. No me interesa en modo alguno. No quiero espías ni traidores en mi casa. Y mucho menos, asesinos.

—¿Asesinos? ¿Qué mil diablos dice? —Se puso en pie Jack, sin quitar sus ojos de la hermosa sirena nórdica—. ¿Qué es lo que le han hablado por ese teléfono?

—Lo que ha ocurrido, Mulligan. Será mejor que salga cuanto antes de mi casa. Su crimen se ha descubierto, y le andan buscando como perros hambrientos por toda la ciudad. No quiero que le arresten aquí.

Mulligan observó que ella hablaba en serio. Algo, en su habitual seguridad, se tambaleó un momento. Aquello sonaba a sincero. Pero no lograba entenderlo.

—Sigue diciendo incongruencias. ¿Por qué habían de arrestarme? ¿Qué se le ha metido en la cabeza, hermana?

—A mí, nada. Pero a su antiguo jefe, el capitán de detectives Hugh Bakers, le ha metido usted en la cabeza un par de balas del 38. Ya han encontrado su cadáver, y están batiendo todo Bay City en busca del hombre que le asesinó. Concretando, del ex sargento de detectives, Jack Mulligan...

CAPÍTULO VI

Bakers asesinado.

Hugh Bakers, el único hombre que sabía la verdad de su situación, la razón de su falsa expulsión del Cuerpo. El que poseía el secreto de la peligrosa misión emprendida.

Y había muerto.

A Jack Mulligan le costó algún tiempo ligar sus confusas ideas. Era un impacto tremendo. Significaba el desastre total, la desaparición de la única persona capaz de reintegrarle a un puesto del que nunca fue realmente expulsado, sino para fingir algo que constituía un heroico sacrificio para un policía.

Matar a Bakers, al noble y recto capitán Bakers, significaba matar también sus recursos todos. Ahora sí que era el hombre perdido que fingiera ser. El expulsado sin posibilidad humana de reingresar en el Cuerpo.

Entre él y Bakers planearon y realizaron el audaz juego de aquel supuesto soborno. El soborno existió. Pero fue otro policía el sobornado. Alguien a quien no conocían aún. Bakers amañó las pruebas, de acuerdo con Mulligan y también con Allyson, el hombre encarcelado, con promesa de reducir a éste su pena. Naturalmente, Allyson no revelaría jamás ese hecho, y mucho menos ahora, porque desaparecido Bakers, significaría una nueva pena sobre él, por perjurio.

Si Bakers había apelado a subterfugios y trucos poco limpios, fue para sacar a la luz algo mucho menos limpio y más peligroso, como eran el soborno, la corrupción y el crimen organizado que imperaban en Bay City.

Ahora, el edificio cuidadosamente levantado, sobre la base del sacrificio de un hombre, Jack Mulligan, se resquebrajaba, se venía a

tierra. Y Mulligan mismo con él.

Porque, ¿quién iba a revelar a la opinión pública, a la policía, al Estado, que él era un agente representando un papel duro y humillante, por el bien de los demás?

Muerto Bakers, nadie. Absolutamente nadie...

De un solo golpe, el investigador seguro de sí mismo, el luchador resuelto a asestar el golpe decisivo cuando viera su oportunidad, se tambaleó. En un instante pasó a ser el personaje que interpretaba: Jack Mulligan, indeseable, sobornado, expulsado de la policía...

Solamente atinó a decir una cosa, entre el marasmo mental que le invadía:

—Yo..., yo no le maté. Yo no he matado nunca a nadie... y mucho menos a Bakers. El me hizo policía, él fue mi maestro...

—Sí —el tono de Signe rebosaba sarcasmo. Era su momento. Había sido ofendida, y encontraba ahora la más rápida revancha que pudo soñar—. ¡Pero él fue también quien le acusó ante todos... y usted se vengó de él! Mulligan, salga de mi casa ahora mismo. No tenemos ya trato alguno entre nosotros...

Jack la miró fija, duramente. De un modo tal que ella retrocedió dos pasos, instintivamente.

—Podría escribirse una fábula sobre esto —rió Jack—. El apestado apartando de sí al sano, para que no le contagie. Es divertido. Y lo sería más si no fuera porque Bakers ha muerto...

Se levantó, avanzando hacia la salida, sin apartar sus ojos de Signe. Ella también le vigilaba estrechamente. Jack, una vez en la puerta, habló con rudeza:

—No sé quién ha hecho eso, ni por qué me acusan a mí. Pero prometo encontrar al culpable, sea quien sea, y esté dónde esté. Si tengo pruebas contra él, lo entregaré a la policía. Si no..., ¡le mataré yo mismo! Tengo a veces mucha sangre fría, Signe. Pero otras, me hierve en las venas. ¡Y ésta es una de esas ocasiones!

Salió, cerrando con fuerza. Signe corrió al teléfono. Lo descolgó, marcando un número interior, en el dial auxiliar de servicio interno. Cuando alguien se puso al receptor, al otro extremo del hilo, le ordenó fríamente:

—Un hombre está saliendo ahora de «The Tower». Es Jack Mulligan. ¡Seguidle, sin perderle de vista! Cuando se detenga en

algún sitio, avisadme urgentemente...

Le respondieron en forma afirmativa. Signe oprimió la horquilla, cortando. Marcó otro número.

—Oiga —interrogó—. ¿Es el Departamento Central de Policía? Aquí «The Tower»...

Siguió hablando. Hablando de Jack Mulligan.

* * *

Eran dos tipos. Y le estaban siguiendo.

No hacía falta ser un genio para descubrirlo. Sobre todo, cuando uno es un experto en seguir a los demás.

Jack se paró a la altura de Hyde Circle y Lincoln Avenue. Era tan fácil como deshacerse de dos niños de pecho el despistar a aquellos mastodontes de *smoking* que iban en su seguimiento con una obstinación digna de mejor cerebro.

El establecimiento de Wilkinson, situado enfrente, y abierto toda la noche, tenía tres salidas, a falta de dos. Entrar en él y escabullirse por cualquier lado, era cosa fácil para Jack.

Pero no quería hacer eso. Quería saber quiénes eran. Y por qué le seguían, a pesar de que no era difícil sospecharlo. De modo que, una vez en el chaflán de Hyde Circle con Lincoln, su cuerpo dio un veloz quiebro y desapareció entre los armazones de hierro de un gran edificio en construcción. Al mismo tiempo, su mano derecha sacó del bolsillo la automática calibre 22. Esperó, pegado a un muro.

Frente a él, las luces de un puesto de periódicos y cigarrillos llenaban de claridad la acera. La luz estaba situada de tal modo que proyectó las dos sombras un poco antes de aparecer los individuos ante sus oídos.

Éstos empezaron a mirar en derredor, cuando surgieron en su radio visual, con aire perplejo. Uno masculló, con voz audible para Jack:

—¡Se ha esfumado ese tipo! ¡Vamos allá, Matt! ¡Se habrá escondido en la casa en construcción!

Jack sonrió. Era justamente lo que se le hubiera ocurrido a cualquiera. Por eso él había elegido aquel lugar. Deslizóse por entre los hierros que se entramaban formando un laberinto, y escaló uno

de ellos, aguardando a horcajadas sobre una traviesa el paso de los seguidores.

La luz no llegaba hasta él. Y los dos mastodontes de *smoking* no tenían cerebro para buscar más allá de sus narices. Les oyó pisar debajo, el suelo polvoriento y lleno de cascotes.

—¡Ella se va a enfadar! —gemía uno, plañidero—. ¡Nos encargó vigilar a ese tipo y avisarle del lugar donde se metía!

—No lloriquees, Matt —le atajó el otro—. No puede andar lejos. De modo que tú ve a telefonar a la patrona. Yo, entretanto, me quedo a vigilar. Ese Mulligan no saldrá de este edificio, tenlo por seguro. Las tapias son demasiado altas para poderlas escalar fácilmente.

Eso era cierto. El llamado Matt escapó a correr para cumplir el encargo. Jack ya sabía lo suficiente ahora. Signe jugaba sucio, al ver que no podía manejar a Mulligan a su antojo, como planeaba.

Jack enarboló su pistola en la sombra. Debajo de él, su seguidor paseaba, también armado de una automática de mayor calibre, en espera de su aparición. Y cuidando celosamente de guardar la salida.

Mulligan tomó impulso. Luego, saltó. Justamente sobre los hombros poderosos del otro, que alzó cabeza y pistola, pero todo demasiado tarde. Jack cayó sobre él, con todo su peso e ímpetu, derribándole estrepitosamente.

La pistola cayó de la mano adversaria. En cambio, la de Jack le sirvió a las mil maravillas para un formidable impacto con el cañón, sobre la mandíbula del individuo.

Éste gimió a flor de labios con voz débil y dejó de revolverse entre los brazos de Mulligan. Se quedó tan dormido como un bebé. Jack irguióse, quitándole la pistola, que lanzó muy lejos, hasta oírle rebotar entre lejanos barrotes de hierro.

—Mis respetos a Signe Smundsen —dijo burlón en voz baja, echando a correr hacia la salida.

Bordeó el puesto de periódicos por su parte posterior. Vio una cabina pública de teléfonos, iluminada. Y dentro de ella, al amigo Matt, hablando vivamente con alguien, y ayudándose con grandes ademanes.

Jack esbozó una mueca burlona y se alejó. Poco después, una de las salidas posteriores de

«Wilkinson's»

le dejaba en una calle poco frecuentada, que le llevó hasta una parada de autobuses. Tomó un vehículo y se alejó definitivamente de allí. Matt estaría aún telefoneando muy excitado, detallando su paradero. Lo sentía por él. Y por Signe. Todos iban a llevarse una ligera decepción.

* * *

«—... Así, el asesinato de un policía ejemplar, como el capitán de detectives Hugh Bakers, muerto a balazos por Jack Mulligan, el hombre que fue expulsado del Cuerpo por inmoralidad, gracias a la firmeza del difunto, viene a culminar los lamentables sucesos que últimamente han tenido lugar en Bay City, y demuestra que las fuerzas que se oponen a la honrada política del alcalde Forbes están minando nuestra ciudad, para sembrar la discordia, el terror y la inquietud en los ciudadanos...».

Lena Martin cerró el receptor, borrándose la imagen del locutor de la televisión local. Fumó, nerviosamente, un cigarrillo. Luego lo aplastó en el cenicero, a medio consumir, para encender otro.

Se aproximó al teléfono y marcó un número. Al lado opuesto se puso alguien. Lena Martin habló, rápida:

—Con el señor Archer, por favor. Soy Lena Martin.

Poco después, era Herb Archer, el director propietario del *Sentinel*, quien se ponía al aparato. Su voz sonó excitada:

—¿Qué hay, Lena? ¿Algo nuevo?

—Nada. Estoy escuchando los boletines de la radio, jefe —informó ella—. Al parecer, esta vez es en serio. Mulligan eliminó a su antiguo superior.

—Eso creo. Su ira le hizo una pala pasada. Le enviarán a la silla eléctrica por eso, Lena. Al parecer, el arma con la que mataron a Bakers era la suya de reglamento, que, según consta en el registro de la policía, no devolvió junto con sus demás pertenencias oficiales. Y el agente encargado de ello se olvidó de reclamársela.

—Ya lo he oído hace un momento por la televisión —asintió Lena, mordiendo el labio inferior, con aire abstraído—. ¿Quién es el agente que se cuida de recoger las pertenencias de los agentes y todo eso en el Departamento Central?

—Tengo entendido que el teniente Talbot, Reginald Talbot, de la Patrulla de Seguridad Civil. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Era un simple detalle que quería conocer, jefe.

—Quítese de la cabeza cualquier idea favorable a Mulligan. Talbot conserva, al parecer, el registro firmado por el propio sargento Mulligan. Y allí no figura para nada esa pistola automática de calibre 38, encontrada junto al cadáver de Bakers, en su piso de City Circle, 242. A la pistola le faltaban dos balas, según informes de la policía, y el arma tiene las huellas dactilares de Mulligan, muy claras... Eh, pero ¿qué diablos hago yo? —farfulló Archer de mal humor—. ¿No es usted quien cobra de este periódico para informarnos?

—Sí, jefe —rió la joven—. Pero los pequeños e insignificantes detalles rutinarios deben serle proporcionados a su reporter especial por los demás. ¿Cree que iba a descender yo a hacer pesquisas de tercer orden?

Todavía reía cuando colgó el receptor, a pesar de los juramentos enfurecidos de Herb Archer. Sin embargo, luego quedóse silenciosa y taciturna, reflexionando sobre todo aquello.

El *Sentinel* había ya entrado en máquina el número especial de la mañana. Eran las cuatro de la madrugada. Una hora ideal para dormir. Al menos es lo que hacía el noventa y nueve, coma cinco, por ciento, de la población de Bay City y de cualquier lugar del mundo.

Pero un periodista jamás tiene hora de comer, de dormir o de comportarse como un ser humano vulgar. El periodista es un ente de una fauna aparte, que vive su vida, o la que buenamente le dejan vivir. Así era Lena Martin.

Por eso, ahora, a las cuatro de la madrugada, y tras haber escuchado el boletín especial de noticias de la televisión, se hallaba allí fumando, nerviosa, ante la séptima taza de café de las dos últimas horas, con una cuartilla metida en el rodillo de su máquina de escribir, y unas cuantas cuidadosamente apiladas a un lado, llenas de caracteres mecanografiados.

Ella no pensaba ahora en el artículo que iba a publicar en esa edición, en torno al asesinato del capitán Bakers, sino en lo que ya había escrito e iba a aparecer en la edición, con este encabezamiento sobre su columna habitual:

¡JACK MULLIGAN, INOCENTE! ¡UN SARGENTO DE
POLICIA, SACRIFICADO POR LOS SOBORNADOS Y LOS
CORRUPTORES DE BAY CITY!

Había pensado que sería una crónica explosiva. Ahora, era un error mayúsculo, ya que aparecería en el mismo ejemplar donde se hablaba del asesinato cometido por Mulligan, en la persona de Bakers.

Archer quería borrar definitivamente de la edición su famosa columna, pero Lena había pedido tiempo, un poco de tiempo para reflexionar.

Ahora estaba tratando de reflexionar. Los resultados no eran brillantes ciertamente.

El timbre de su puerta sonó. Lena Martin se acercó, sorprendida, mientras se repetía la llamada. Vaciló un momento. La madrugada no era el momento más oportuno para recibir visitas. Sabía que tenía enemigos. Serios y peligrosos enemigos, que se sentirían felices de ver desaparecer su columna del *Sentinel*.

Antes de abrir, oteó por la mirilla. Reconoció en el acto al hombre erguido ante su puerta.

—¡Mulligan! —susurró para sí, perpleja.

Estudió la faz del ex policía, mientras éste pulsaba de nuevo el timbre. No vio en su rostro, levemente demacrado, expresión homicida alguna. Sus miradas al corredor eran inquietas. Pero nada más.

Se resolvió velozmente. Era una muchacha audaz. Tiró del pomo y abrió la puerta.

Jack no trató de penetrar violentamente, o de cruzar un pie para evitar que cerrase de nuevo. Se limitó a mirarla con sencillez y saludó:

—Buenas noches, señorita Martin. ¿Ya sabe lo que sucede, verdad?

—Buenos días, señor Mulligan —rectificó ella, sarcástica—. Lo sé todo. ¿Ha venido para entregarse a mí y llenar de gloria periodística al *Sentinel*?

—No diga tonterías. Yo no maté al capitán. No voy a entregarme a nadie, porque eso sería inútil. Me tostarían en la silla igualmente.

—Bueno, eso es una manera cruda de decir las cosas, señor

Mulligan. ¿A qué ha venido, entonces?

—A verla a usted.

—¿Se da cuenta de que cualquier otra mujer hubiera empezado a chillar históricamente al reconocerle?

—Claro. Pero usted no es cualquier mujer. Por eso estoy precisamente aquí. Me infundió confianza cuando la conocí. Es inteligente y valerosa.

—Muchas gracias. ¿Espera que con esos cumplidos la permita quedarse aquí, ocultándole a la policía?

—Algo así —rió cínicamente Jack—. Usted sabe que no soy un asesino. Sabe que no disparé esa pistola sobre Bakers. Sería absurdo y estúpido.

—Yo no sé nada de nada. Sólo lo que dice la radio, lo que dice la policía...

—Pero tiene su propio criterio, no el de la radio o la policía.

—Es verdad. —Lena Martin se hizo a un lado sin discutir más—. Entre.

Jack no se sorprendió de su firmeza y rapidez en la decisión. Era justamente lo que podía esperarse de una mujer como aquélla. Otra cosa le hubiera defraudado.

—Es usted una chica estupenda —comentó, pisando el blando, esponjoso suelo de la alfombra que cubría el suelo del apartamento—. ¿Vive sola?

—Sí —asintió ella, desafiante—. Puede matarme impunemente, Mulligan.

—Bueno es saberlo —rió Jack de buena gana. La estudió con calma—. ¿Es huérfana?

—Sí. Mi padre había muerto cuando yo nací. Mi madre murió diez años después, dejándome sola y sin medios. Tengo unos tíos adinerados en Canadá. Pero jamás recurrí a ellos, porque no ayudaron a mi madre en vida. La lucha fue dura. Y la vida, no siempre agradable, Mulligan. Al final me situé, dando zarpazos y mordiscos a todo el que quería aprovecharse de la típica niña solitaria. Que no eran pocos.

—Vaya... —Jack inclinó la cabeza—. Ahora comprendo por qué escribe duro. Devuelve a las gentes algo del mal que le hicieron a usted.

—Sí, tal vez sea eso. ¿Usted también está solo, Mulligan?

—Por completo. Mis padres murieron en un accidente de ferrocarril. Tuve un hermano, pero le mataron en la guerra. Somos dos lobos solitarios que saben bien de zarpazos y mordiscos, como usted dijo. Por eso la comprendo.

—Y yo a usted —le miró con simpatía. Y eso no era habitual en ella, tratando con hombres. Archer se hubiera asombrado, de serle posible verla—. Ha dicho que no es un asesino. Es una tontería aceptar simplemente su palabra. Pero yo la acepto y le creo. Ahora explíquese. ¿Por qué ha tenido que matar nadie a Hugh Bakers?

—Yo sé lo diré. Tal vez para acabar de destruirme a mí como enemigo peligroso. O tal vez porque sabían la verdad.

—¿Qué verdad?

—La de Bakers y yo. Era el único nexo con mi rehabilitación. Una simple farsa se ha convertido en un hecho cierto. Ahora soy simplemente lo que quise aparentar.

—Espere —ella aplastó su cigarrillo en el cenicero y le estudió con calma—. Me está tratando de decir... que su expulsión de la policía fue solamente un truco.

—Eso es.

—¿Usted sigue siendo agente de policía?

—Sí.

—¡Cielos! —Ella agitó sus manos, asombrada—. ¿Y... solamente Bakers lo sabía?

—Solamente él.

—¡Eso fue una estupidez! Pudieron fingirlo, sin llevaría a su último extremo.

—¿Olvida que alguien en el Departamento está vendido a los gusanos que pudren la ciudad? Ahí tiene el ejemplo de mi pistola. Mataron con ella a Bakers...

—¿Usted entregó esa pistola al ser dado de baja en la policía?

—No sólo la entregué. Me fue arrebatada al arrestarme, por dos agentes: Rusty y Reagan. Cuando firmé el recibo al teniente Talbot, y él me firmó su duplicado, le recordé que ya no poseía mi pistola de reglamento. Lo aceptó así. Pero debió omitir el consignar el arma en la relación de entrega. Ahora, no tengo pruebas que demuestren eso. La pistola ha aparecido junto a Bakers, se disparó evidentemente sobre él.

—De modo que usted no va armado...

—Sí, voy armado —extrajo su pequeña automática, que mostró a la joven. Ella observó la «Smith» del 32 sin comentarios—. Pero es un arma particular, ajena al Cuerpo.

—Ya. Siga, Mulligan. ¿Por qué ha venido entonces aquí? ¿Por qué me ha elegido a mí para confidente suya y qué espera exactamente de mí?

—Escuche, Lena. Mi situación es desesperada. Sé que las patrullas baten la ciudad en busca mía. El fiscal Cummings es un joven impetuoso, que ansía victorias profesionales. El jefe de policía, Hawkins, necesita una víctima propicia para justificar la inutilidad de la Ley en Bay City. En cuanto a los asesinos de Bakers, necesitan deshacerse de mí. Lo mismo que Signe Smundsen y Dino Franciosa, si no son ellos parte del complot. A Signe le interesaba hacer de mí un juguete suyo. Le salí mal, y ahora le estorbo. A Franciosa, posiblemente también, porque puedo hurgar en sus asuntos y descubrir la basura oculta.

—Total: es usted un hombre popularísimo... para desgracia suya.

—Algo así. Sin embargo, eso no hace más que espolearme. No soy de los que se asustan o retroceden ante la adversidad. Estoy más decidido que nunca a luchar, a descubrir a los culpables. Sobre todo, por el pobre Bakers. Era un gran tipo. Y esas ratas le han eliminado. No pararé hasta vengarle debidamente, Lena. ¿Quiere usted ayudarme?

—Me gustaría hacerlo. Pero yo sólo soy una reporter. Y no con demasiadas facilidades. Recuerde que defiendo a la oposición. Forbes no puede verme. Su camarilla tampoco, a excepción de Karman.

—¿Su secretario? —Jack recordó la charla con el ayudante de Forbes. Frunció el ceño—. ¿Tiene buena amistad con él?

—No amistad, pero sí una relación cordial. Creo que Forbes no se merece a Karman. Es demasiado leal y honesto para él. Craig trata de ganárselo en vano. Para Karman, Edmond Forbes es la honradez personificada. Haría cualquier cosa por él.

—Lo creo —recordó los esfuerzos de Bruce Karman por ayudar a la esposa de Forbes, y luego cambió de tema—. Tendría que vivir oculto, pero eso no va a ser posible.

—¿Por qué no? Yo le puedo ocultar aquí, Mulligan. Y si lo que

quiere es que le traiga datos, averiguaciones y todo eso, lo haré. — Lena suspiró—. No sé por qué hago esto por usted. Apenas si le conozco. Pero confío en usted, ya se lo dije. Es es todo lo que está en mi mano ayudarle, Mulligan.

—Gracias, Lena. Muchas gracias, de corazón. —Jack le oprimió la mano con calor. Ella no la retiró, y Mulligan sintió un extraño cosquilleo por su piel—. No le pido tanto. Yo no soy de los que saben sentarse y esperar. No tengo sangre de hielo, sino más bien de fuego. Mi sangre arde en estos momentos, deseando violencia. Y cuando la haya, va a ser sonada.

—Un hombre tranquilizador, ¿eh? —sonrió la joven—. Bueno, no puedo decirle lo que tiene que hacer. Ni creo que me hiciera caso tampoco. Luche a su modo. Pero ¿qué papel me reserva a mí?

—¿De veras quiere ayudarme, Lena?

—Ya le he dicho que sí.

—¿Aunque ello signifique peligro?

—No me asusta el peligro. Nací en él, y crecí con él. Siempre vivo en peligro. Los enemigos abundan en la ciudad como en plena selva.

—Escuche, Lena. Creo que algo en la administración de Forbes está podrido. Yo no comparto la opinión de que el juego sucio parta de Forrest Craig. Y no lo digo por simpatía hacia usted ciertamente. Es porque estoy seguro de lo que digo. Forbes o sus politicastros manejan la autoridad y el poder público a su antojo. Hasta ahora, los delitos eran en apariencia solamente monetarios o de contrabando. Pero jamás asesinatos, aunque haya habido crímenes que quedaron en la oscuridad, y nadie se cuidó nunca de esclarecer. Ahora es diferente. Tenemos la muerte de Bakers. Tenemos el intento de asesinato esta noche pasada, a la puerta de «The Tower», con la víctima salvada por pura corazonada... y por un espejo muy oportuno, que reflejó la presencia de algo centelleante tras la ventana posterior de un coche. Cuando vi brillar el arma, me arrojé a tierra. Eso me salvó.

—De modo que fue usted el desconocido que se libró de morir.

—Lena se mordió el labio inferior—. Tuve noticias del suceso. Pero no imaginé que fuera usted...

—Eso es un detalle insignificante, puesto que no acertaron. Pero señala en una dirección: Signe Smundsen misma..., o su rival, Dino

Franciosa. Cualquiera de ellos puede ser el cabecilla de este juego. Pero protegidos por Forbes y su partido político. Tengo que saber quién de ellos maneja el asunto.

—¿Usted quién cree que puede ser?

—No lo sé. Pero, evidentemente, uno de ellos dos. Hubo un momento en que estaba seguro de que era Franciosa. Luego, pensé lo contrario. La culpabilidad de Signe era casi evidente. Ahora, no sé qué pensar. Pero uno de los dos, uno solo entre cualquiera de ellos, nos dará la clave de toda esta ciénaga en que nos debatimos. Me lo dice mi instinto, y éste no me falla con frecuencia. Al menos, no falló hasta ahora.

—Entiendo, Mulligan. Eso quiere decir que va usted a jugar al escondite con esos policías que le buscan como jaurías furiosas. ¿Sabe a lo que se expone? Todos ellos le conocen perfectamente, saben a quién buscan, cómo es usted...

—Yo también sé cómo son ellos. Es un empate, Lena. Y conozco mil escondrijos en la ciudad, difíciles de hallar.

—¿No los conocerán ellos?

—Pueden conocer cien, doscientos. Siempre las probabilidades estarán a mi favor.

—Y aunque yo le ayude, ¿cómo voy a localizarle? ¿Cómo sabré dónde está?

—No lo sabrá nunca. Así evitaremos riesgos. Seré yo quien la llame desde diversos puntos de la ciudad. Seré... su primo Bill.

—No tengo ningún primo que se llame Bill. Ni siquiera tengo primos.

—Es igual. Seré un primo del Canadá, recién llegado. Su querido Bill. ¿De acuerdo?

—Sí —sonrió ella, divertida por su rápido ingenio.

—Haré las llamadas a diferentes lugares para que nadie encuentre en ellas una frecuencia sospechosa. Usted me dará un horario aproximado de sus tareas, y, según éstas, le telefonaré al lugar más adecuado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Piensa en todo, ¿eh?

—Sí. No es fácil olvidar que uno ha sido policía. Otra cosa: si necesita verme, en la llamada que le hiciese, quedaríamos de acuerdo sobre un lugar seguro para reunimos.

—Bien, sabueso. Adelante con su rastro. Y suerte.

—Voy a necesitarla. Otra cosa aún, antes de marcharme. ¿Sabe dónde podría encontrar a Forrest Craig, a primeras horas de la mañana?

—¡Cielos! —Ella abrió mucho los ojos—. ¿Es que piensa abordarle?

—Es justamente lo que pienso hacer.

—Evidentemente, o es un tipo fantástico, o está usted rematadamente loco. El candidato va siempre a las siete en punto a su club deportivo de Astilleros Highway. Allí toma su baño turco, hace gimnasia, y practica un poco de golf, su juego predilecto, antes de encaminarse al despacho, al trabajo habitual. Ya sabe usted que tiene un negocio de maquinaria eléctrica.

—Club Deportivo Astilleros Highway, ¿eh? —Jack hizo un gesto amistoso a Lena Martin, y le guiñó un ojo—. Gracias por todo, pequeña. Si alguien me hubiera dicho hace unos días que iba a bendecir con toda mi alma a la chismosa del *Sentinel*, me hubiera reído de él, y además le hubiera soltado un buen mamporro. Sin embargo, ya lo ve... Hasta pronto, lince.

—Adiós, aguilucho —rió la reporter, con una expresión risueña que alejó las sombras de preocupación del cobalto brillante de sus ojos.

Pero esta preocupación volvió a su rostro en cuanto la puerta del apartamento se cerró detrás de Jack Mulligan.

CAPÍTULO VII

Forrest Craig dejó de canturrear, entre los vapores densos y ardientes del baño turco. Parpadeó, sorprendido, frotándose los ojos, para apartar de ellos el sudor que caía copiosamente de su frente y también para penetrar un poco más a través del vaho cálido de su recipiente.

El cuerpo gordo y ligeramente graso, tembló, vibrante, entre las toallas húmedas y humeantes que le envolvían en el cubículo destinado al baño.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó—. Nunca hay nadie a estas horas tomando baños turcos, excepto yo. ¿Quién es usted? ¿Un nuevo socio?

—No soy socio, ni nuevo ni viejo —rió el joven atlético y enjuto que asomaba del recipiente inmediato, sin la menor necesidad aparente de tomar baños turcos para conservar la línea—. Me he colado aquí sin que me viese nadie. Y no se está mal en este club.

—Eso es una frescura. Lárguese, o llamaré a los empleados —avisó Craig, secamente.

—Vamos, señor Craig, no lo tome así —aquel macizo manojo de músculos se apoyó burlonamente en el borde de la pequeña piletta individual, que cubría hasta los hombros. Craig observó que tenía bíceps de boxeador. El sudor los hacía brillar como acero—. No soy un intruso vulgar. Me llamo Jack Mulligan. ¿Le dice eso algo?

—Mire, no me dice nada de nada su nombre ni creo que... *¡Un momento!* —boqueó, aturdido, clavando en Jack una mirada de auténtico estupor—. ¿Quiere decir el Jack Mulligan que...?

—¿Que reclaman por asesinato? El mismo...

—¿Se ha vuelto loco? ¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Es mucha la gente que me cree loco. En realidad, se

equivocan. Estoy obrando con toda mi lucidez, para impedir que me cacen.

—No puede escapar durante mucho tiempo. Terminará cayendo. ¿Qué quiere de mí? Si es protección, le advierto que soy enemigo político de Forbes, pero no protector ni encubridor de asesinos.

—Yo no maté a Bakers. Pero sé que no va a creerme, de modo que no insisto. Sólo le pido una cosa, señor Craig: ¿Sabe usted algo de Forbes o su familia, que pueda servirle de arma electoral?

—¿A qué se refiere? No entiendo lo que quiere decirme, la verdad...

—A algún secreto inconfesable o a algo que pueda provocar el escándalo, como elemento decisivo en las elecciones para la alcaldía de Bay City. Bien manejado algo así, podría usted derrotar a Forbes y...

—Óigame, Mulligan —cortó glacialmente Craig. Su cuerpo tembló de nuevo, esta vez de ira. Sus ojos pequeños y parpadeantes, bajo los cabellos grises prematuramente, estudiaron a Jack con fría irritación—. Yo no hago jugadas sucias, de las que acostumbra a hacer Forbes con su camarilla. Además, ¿qué mil diablos tiene eso que ver con usted? No sé nada de Forbes, salvo que su administración está podrida y que su buque hace agua. Si eso pudiera demostrarlo con pruebas, ganaría limpiamente, mostrando a la gente lo que tienen como autoridad. Pero nada de secretos ni feas intimidades, Mulligan. Esa clase de pelea no va conmigo ni con mis gustos.

—Celebro oírle hablar así, Craig. Usted puede limpiar de estiércol la ciudad. Le deseo suerte. Yo, si logro pruebas de esa corrupción, se las entregaré en bandeja de plata. Es todo cuanto quería hablar con usted.

—¿De veras? —Sorprendido, Craig le vio salir de la pileta, y dirigirse hacia sus ropas, tiradas descuidadamente junto a ella—. Bueno, que me ahorquen si lo entiendo. Le andan persiguiendo por homicidio, y usted viene a ofrecerme ayuda. ¿Qué juego se trae entre manos?

—Uno muy sencillo: encontrar a los que mataron a Bakers, a los que sobornan y se dejan sobornar. Hay gente que cree que usted mueve los hilos de esta trama, Craig.

—¿Yo? —El candidato lanzó una imprecación, añadiendo—: Lo

que busco es limpiar la ciudad, no ensuciarla. Tengo fortuna propia, una industria legal y firme. En cambio, Forbes ha ganado el dinero del aire, al parecer. Antes no tenía nada. Ahora, posee millones. Y fincas, bienes de todas clases... ¡Incluso un yate, anclado en la bahía!

—¿Un yate? —Jack silbó—. Eso significa mucho dinero.

—Sí, mucho. Lo tiene a nombre de otro. Pero es suyo. Se llama el «Mohicano». Un yate pequeño, pero lujoso. Caro de comprar, y más caro aún de mantener. Algo que yo jamás me permití el lujo de tener. Podrá verlo si va más allá de los astilleros, en una cala de la bahía. Allí pasa sus fines de semana y da sus fiestas privadas. Todo digno de un potentado. ¡Y pretende ser un hombre del pueblo, un ciudadano que se hizo a sí mismo, sin cometer deshonestidades!

—Es interesante la noticia del yate, Craig. Muchas gracias por el informe. A pesar de ser policía, jamás oí hablar de él a nadie. Aunque imagino que todo eso puede demostrar fácilmente que no es suyo, o tener algún recurso legal para protegerse de acusaciones...

—Oh, claro —asintió Craig, ceñudo—. Forbes, además de buen politicastro, conoce bien la Ley. No dejaría cabos sueltos que pudieran luego servir para atárselos al cuello.

—Entiendo, Craig. Gracias por los informes... —Ya estaba vestido. Se encaminó a la salida—. Espero que cuando llegue el momento de las elecciones, los triunfos estén de su lado. Y ojalá se los proporcione yo...

Antes de que el candidato pudiera reaccionar, Jack Mulligan había abandonado el pabellón de baños turcos del club atlético. Una vez solo, Forrest Craig inclinó la cabeza, profundamente preocupado.

El baño no parecía ser ya de su agrado. Tiró las toallas empapadas, con ira, extrajo del recipiente su cuerpo obeso, de desarrollado abdomen, y se dirigió al armario metálico donde guardaba sus ropas.

Aquella mañana ya no haría deporte. La visita sorprendente de Jack Mulligan, el hombre perseguido por toda una ciudad, le había estropeado el programa cotidiano.

Jack se ocultó velozmente tras el enorme corpachón rojo de un camión comercial. El coche-patrulla de la Brigada Volante pasó sibilante junto al camión, sin descubrirle.

Respiró Mulligan, desahogado. Había muy cerca un cine de sesión continua, donde proyectaban una serie de películas rigurosamente prohibidas para el público juvenil. Era obvio suponer que la clientela del local sería precisamente joven en su totalidad.

Sacó una entrada de la planta alta, y subió, mezclándose con el escaso público de aquella hora. Las películas eran rematadamente malas, y ni siquiera sus procacidades las salvaban lo más mínimo. Aburrido, resolvió marchar de allí cuando hubo visto el programa por segunda vez. Considerando que tenía proyectado soportar las películas tres o cuatro veces, sus fuerzas habían flaqueado en la prueba.

A pesar de ello, había logrado pasar casi cinco horas en el local. Eran las doce y media cuando pisó la calle, repleta de gentes que regresaban de su *lunch* en los *snack-bar* más inmediatos al lugar de trabajo.

La mejor manera de ocultarse de la gente, a juicio de Jack, era mezclarse con esa misma gente en forma ostensible. Y es lo que hizo en aquella hora tan densa y apresurada.

Nadie paró atención en él. El sombrero y unos lentes de cristales sencillos, color caramelo claro, ayudaban un poco a borrar su personalidad. Pasó junto a dos policías uniformados a quienes no conocía mucho, ni ellos a él. Les rozó el uniforme, sin que ellos se dignaran mirarle siquiera. Jack sonrió, burlón.

Se detuvo frente al «City Hall», sin llegar a él. Desde la esquina donde lo contempló, hasta la puerta del edificio municipal, un gran tráfico de peatones, automóviles y autobuses, le ocultaron a cualquier mirada perspicaz en extremo.

Ésta era la hora en que el alcalde Forbes acostumbraba a abandonar el local, para retirarse a su casa. Por las tardes, no era frecuente encontrarle en la Alcaldía.

Su espera no duró mucho. Estaba adquiriendo el *Sentinel* y un paquete de cigarrillos, con temeraria indiferencia en un puesto de periódicos y tabacos, cuando vio la elevada figura, impresionante vestida con un traje color avellana y la cabeza, de cabellos oscuros y ondulados, cubierta por un sombrero verde manzana.

Era el arrogante, el joven y duro Edmond Forbes, alcalde de Bay City. Pero no salía solo. Con él iba su secretario, Bruce Karman, cuyos lentes centelleaban bajo el sol de mediodía, y una dama vestida de gris, severa y altiva. Pero todavía joven. Y, a pesar de su sobriedad en el vestir, de figura aún espléndida. Su cabello tenía un tinte rojizo y lo llevaba sumamente corto y caprichosamente peinado.

Observó la escena volviéndose hacia el escaparate de los almacenes «Winston». Allí, reflejados en el cristal, sus tres personajes eran perfectamente visibles.

El alcalde besó a su esposa suavemente en una mejilla. Karman se inclinó ceremoniosamente, y ambos hombres subieron al coche, arrancando a buena marcha. La señora Forbes se quedó sola en la acera, agitando su mano, con una sonrisa suave. Luego, echó a andar hacia los bulevares, al parecer nada resuelta a tomar coche alguno.

Jack se desplazó velozmente de su punto, en dirección a los bulevares, también, equidistantes de ambos en ese momento. No perdía de vista a la dama, cuyo paso era ligero y grácil, a pesar de la corriente humana con la que se mezclaba.

Mulligan alcanzó un poco antes la esquina del bulevar. En ese punto, aguardó apenas cinco segundos. La dama de gris llegó junto a él. Pasó de largo sin mirarle, con la barbilla muy erguida.

Jack, rápido, dio dos zancadas. Se unió a ella, como si realmente la acompañara. Ella giró la cabeza, sorprendida y molesta. Iba a comenzar una advertencia, para que no la importunara. Jack lo evitó con secas, tajantes palabras, como una ráfaga de ametralladora:

—Señora Forbes, por favor. No proteste. No diga nada en voz alta. Soy un amigo. Un policía.

—¿Un policía? —Ella vaciló, mirándole de soslayo. Iba a detenerse—. ¿Seguro?

—Lo he sido, al menos. No, no se pare, por favor. Siga adelante. Nadie debe fijarse en nosotros, señora. Tengo que hablar con usted. Soy Jack Mulligan.

—¡Mulligan! —Casi se detuvo en seco. Pero milagrosamente, sus pies arrancaron, como cortando raíces del asfalto, y siguió adelante—. ¿El asesino?

—El presunto asesino, sí. Quería verla a solas, señora Forbes.

—Nada tenemos que hablar usted y yo. Tengo que avisar a la policía.

—Hágalo. Creí que le interesaba su vida de atrás. Y el hombre que puede hundirles a usted y a su marido, si prevéis de qué y de dónde la conoce...

Iba a retirarse, mientras ella perdía el color con una celeridad vertiginosa.

—¡Dios mío, no! —susurró, a punto de tambalearse, frenando mucho el paso—. Usted no...

Jack la aferró con suavidad, pero también con energía, por un brazo, y siguió adelante con ella, sin detenerse y sin forzar la marcha. Parecían una pareja perfectamente unida, en un paseo de mediodía.

—Yo lo sé, señora Forbes —siguió Jack en voz baja—. Sé todo. ¿Se da cuenta de lo que puede representar para la carrera de su esposo y para usted misma?

—Pero..., pero esto... no debe saberse... ¡Sería terrible! ¿Cómo ha podido usted conocer mi..., mi secreto?

—Me lo dijeron personas amigas tuyas. Las que puedes saberlo, señora Forbes. No tema. No diré nada a nadie. Solamente quería charlar de ello con usted.

—Entiendo —le miró lívida, angustiada, con un temblor convulso en su cuerpo, firme y juvenil, a pesar de que debía rondar los cuarenta años muy cerca—. ¿Cuánto quiere, Mulligan?

—Ha vuelto a confundirse. No soy un chantajista. Tampoco un asesino ni un sobornado. Pero eso no cuenta ahora. Yo quiero hablarle de todo eso. Hay solamente una cosa que ignoro: el nombre de la persona con quien ha vuelto a coincidir en la vida.

—¿No sabe eso?

—No. Pude haberlo sabido, aceptando un encargo simplemente. Pero no quise. Ahora me interesa sobremanera, señora Forbes. ¿Quién es ese hombre y dónde le conoció? Naturalmente, es fácil averiguarlo poniendo a unos detectives o a unos periodistas sobre la pista, pero...

—¡No, eso no, por Dios! —gimió, horrorizada la infeliz mujer—. Yo se lo diré, Mulligan. Y ojalá sea como usted dice, y no para hacer mal uso de ello...

—Le doy mi palabra, señora, de que no utilizaré eso contra usted en modo alguno.

—¿Y contra mi marido? Edmond puede sufrir mucho si usted...

—No puedo prometerle eso. Ya ve que soy leal con usted. Pero haré los imposibles porque así sea. Si alguna vez se utiliza contra él, será sin escándalo ni publicidad. Sin embargo, sigo creyendo que no hará falta.

—Está bien —parecía vencida la dama—. Haga lo que quiera con ello. De todos modos, igual lo airearían si callo. Mulligan, ese hombre me conoció en San Luis, Missouri, bajo mi antiguo nombre de Sarah Laverne. Era mi nombre de guerra... Actuaba en un lugar ínfimo, como bailarina y muchacha para alternar con los clientes. Uno de esos... fue él. A pesar de su juventud, ya era un vicioso, un truhán sin escrúpulos. Pero muy atractivo. Nos hicimos amigos..., pero jamás nos casamos, naturalmente.

—Entiendo. No hay nada vergonzoso en todo ello, señora. La vida no siempre es amable con uno. ¿No había vuelto a verle después de... todo aquello?

—No. Hasta que aquí, una noche, le vi en una fiesta a bordo de..., de un yate de recreo.

—¿Un yate de su esposo?

—No, no —ella le miró vivamente—. Él no tiene yate propio. No es un millonario, sino un hombre que ha luchado por alcanzar una posición. Es de «Druggs» Walcott, el propietario del «Blue Stork».

—¿«Druggs» un yate? —Jack frunció el ceño, sarcástico—. Admirable novedad...

—Allí estuve una noche con Edmond, en una fiesta de gala..., y le vi. Cara a cara. Casi me desvanecí. Él se limitó a sonreírse, sin decirme nada. Pero supe que me había reconocido... y él supo que yo le reconocí a él. Fingió ignorarlo. Yo también, aunque no sé si logré engañar alguna vez a mi esposo...

—¿Se lo ha dicho posteriormente usted?

—Oh, no... El sabía que mi origen no era bueno, pero... eso, no tuve valor para confesárselo. Ni creo que lo tenga nunca...

Jack no quiso decirle la verdad. Que Forbes conocía su secreto perfectamente. En vez de eso, observó con tono frío, inexpresivo:

—Bien, señora. Sólo me falta un detalle, entonces: el nombre de él.

—¿El nombre? —Ella inclinó la cabeza. Respiró hondo. Luego musitó—: Era..., era Dino Franciosa, el cabecilla de los bajos fondos de Bay City...

* * *

—De modo que Franciosa... Nada menos que Franciosa... — Jack, perplejo, había soltado a la señora Forbes y, con el ceño fruncido, meditaba intensamente. Luego, se inclinó ante ella ligeramente—. Bien, señora. Gracias por todo. Cumpliré mi promesa de no revelar la verdad a nadie. Espero que tampoco sea preciso utilizarla nunca contra su marido... al menos, no se utilizará en una campaña electoral ni nada de eso, esté segura.

La sinceridad asomaba a la voz de Jack. Ella estremeciéndose, mirándole. Aunque llevaba gafas de sol, de línea muy estilizada, el llanto brillaba en sus pupilas.

Musitó a flor de labios:

—Gracias, Mulligan —extendió una mano temblorosa, y la apoyó en el brazo del joven. Luego, murmuró lentamente—: Por favor, ahora soy yo quien le suplica que no se marche. Creo..., creo que no sería capaz de llegar a casa por mi propio pie. ¿Puede acompañarme?

—¿A su casa? Por Dios, señora Forbes. Es un riesgo terrible. Recuerde que me persiguen por asesinato y...

—A pesar de todo, le ruego que venga. No tema por mi esposo. El y su secretario han ido a resolver unas cuestiones importantes. Al menos pasarán hasta media tarde fuera de la ciudad.

—Está bien, señora. La llevaré a su casa. —Jack llamó a un taxi, y dio la dirección, que conocía perfectamente, de la residencia de Edmond Forbes. El taxista asintió en tono respetuoso. Evidentemente, sería de la última persona que sospecharía, al oír al cliente dar tal dirección. Volviéndose hacia ella, añadió Jack—: Ahora, tranquilícese, señora Forbes... Nada tiene que temer de mí...

Ella asintió con un leve sollozo, que contuvo dificultosamente, aplicando un pañuelo a la boca. Jack Mulligan se dijo que, a pesar de su edad, ya no muy juvenil, seguía conservando una belleza extraordinaria y personalísima, desde la ancha frente a la recta nariz, la boca firme y bien modelada, y la figura, esbelta y

llamativa, con una distinción poco frecuente.

La esposa del alcalde, Eleanor Forbes, de soltera la alegre Sarah Laverne, en los garitos de San Luis, Missouri, merecía que un hombre olvidase incluso los peligros de su carrera política, para hacer de ella su esposa contra viento y marea.

Mujeres como ésta eran las que gustaban a Jack. Como ésta y como Lena Martín.

«¡Diablo! —se dijo a sí mismo—. ¿Por qué he tenido que acordarme yo ahora de Lena Martin?».

Su consciente no le respondió. Y lo que el subconsciente vertió, malicioso, Jack no quiso escucharlo...

CAPÍTULO VIII

—Creo que no debo pasar de aquí —sonrió Mulligan, parándose en medio del vestíbulo—. He ido ya demasiado lejos, señora Forbes. Ahora la dejo.

—¿No quiere tomar algo? —le invitó ella—. Si llega mi esposo, puedo ocultarle, y hacerle salir por otra puerta, sin que él lo vea.

—No gracias. No quiero correr más riesgos —los ojos de Jack se clavaron súbitamente en el aparato telefónico que reposaba sobre la mesita del vestíbulo. Una idea acudió a su mente—. Eso sí, me gustaría pedirle un favor. ¿Puedo utilizar ese teléfono?

—Naturalmente —asintió la señora Forbes. Parecía cansada. Al quitarse las gafas de sol, los ojos, oscuros y profundos, eran hermosos, pero fatigados. Un cerco de sombras los rodeaba—. Llame cuanto quiera. Por lo menos ese teléfono no está vigilado, ni nadie supondrá que usted utiliza el de Edmond Forbes.

Rió, contagiando a Jack, que se encaminó al aparato. Ella se alejó hacia un gabinete inmediato, desabotonando su chaqueta gris por el camino. Jack marcó el número del *Sentinel*. Pidió:

—Con la señorita Martin, por favor. De su primo Bill, del Canadá.

Esperó. Poco después, se ponía Lena. Parecía excitada, ávida de hablar.

—¿Eres tú? —inquirió—. ¿Eres Bill?

—Eso es. Lena, ¿hay novedades?

—Muchas —ella se expresaba con cautela, pero en su voz palpitaba la tensión—. Me ha llamado Madge.

—¿Tú amiga? ¿La futura...?

—Sí. Periodista. Tú amiga también. Madge estaba terriblemente afectada. Dijo que sabía algo...

—¿De qué?

—De..., de tu antiguo Departamento. Sabe quiénes..., quiénes son los que cobraron. ¿Me entiendes?

—Claro. —Jack contrajo las mandíbulas fieramente—. ¿Quiénes son, Lena?

—No lo dijo. Está como asustada, pero tiene pruebas, evidencias... Me las va a dar.

—¡Cielos! ¿Cuándo?

—Hoy. Esta noche. Quería verte también a ti. Será mejor que te pongas en contacto con ella.

—No. Puede ser peligroso. ¿Dónde os reunís vosotras?

—Parque de Atracciones Grand Rapids. Bajo la montaña rusa. A las diez.

—Es suficiente. Hasta luego. Y cuidado. ¡Mucho cuidado!

—Igual te digo, Bill...

Colgó Jack. Estaba intensamente alterado. Madge sabía algo. Sabía quiénes eran los policías sobornados. Un azar tal vez había puesto en sus manos el secreto. Y al parecer con pruebas.

Jack avanzó hacia la puerta, sin esperar al regreso de la señora, Forbes. Tenía prisa. Mucha prisa por hacer varias cosas.

La voz de ella le frenó, desde la puerta de la salita contigua:

—¿Ya se marcha, señor Mulligan?

El se volvió, asintiendo. Eleanor Forbes se había puesto una falda floreada, en discretos tonos ocres. Su belleza madura resaltaba más.

—Sí, señora Forbes. Tengo prisa. Hay novedades que pueden ayudarme a demostrar mi inocencia. Adiós y..., gracias.

—Gracias a usted, Mulligan. Es todo un caballero..., y empiezo a creer en su inocencia. Si yo pudiera hacer algo en su favor...

—Nadie puede hacer nada, señora, excepto yo mismo... encontrando al asesino.

Llegó a la salida, y con un último saludo se lanzó de nuevo a la calle.

Se quedó como clavado en tierra, en medio de la acera, cuando el automóvil se paró con un chirrido de frenos ante la casa. Quiso escabullirse, pero comprendió que era tarde. Su exceso de confianza le había perdido.

Miró fijamente al hombre que salía por la portezuela y que se

quedó asombrado, mirándole sin dar crédito a sus ojos. Luego masculló:

—¡Jack Mulligan! ¡Usted..., aquí!

Jack respiró con cierto alivio. No llegaba Forbes en aquel coche, como tanto temiera. Solamente Bruce Karman, su secretario. La mirada de Karman le estudió a través de las gafas montadas en oro, con aire absorto. Parecía aguardar su respuesta.

—Hola, Karman —dijo secamente—. ¿Va a hacerme detener? Si lanza unos gritos, acudirá la gente. No les será difícil arrestarme..., o acorralarme, al menos, hasta que llegue la policía.

—Sí, eso debería de hacer —confesó el hombre de cabellos rubios—. Pero antes me gustaría saber qué diablos hace por aquí, en pleno día. Es como meterse en la misma guarida del lobo...

—Y el «lobo Forbes» no llegó. —Jack rió, divertido a pesar de la tensa situación—. Oiga, Karman. He charlado un poco con la señora Forbes. Inocentemente, por supuesto. No quiero causarla ningún mal. Ustedes dos iban a estar ausentes mucho tiempo, pero veo que no es así...

—Forbes sí, estará fuera de Bay City hasta primeras horas de la noche. Yo regreso, después de dejarle en su punto de destino. Creí poderle ser útil, pero no fue así —miró de hito en hito a Jack—. ¿A qué ha venido a rondar a la señora Forbes, Mulligan? Las cosas han cambiado desde anoche. Y mucho... Entonces no era usted un asesino. O, al menos, nosotros no lo sabíamos. Hoy es diferente.

—¿Han perdido su fe en mí? ¿Ya no me creen inocente, como antes?

—Son demasiadas evidencias, Mulligan. El fiscal Cummings daría diez años de vida por tenerle en sus manos. Y no hablemos de Nero Hawkins. Le va el cargo en ello.

—El impulsivo Cummings y el feroz Hawkins... —Jack rió—. Bueno, Karman. Ya le dije que puede hacerme arrestar. Llevo un arma, pero poco puedo hacer, naturalmente. Y no dispararé sobre usted. No soy un criminal, a pesar de las evidencias.

Bruce Karman sólo meditó unos segundos, muy pocos. Luego, se encogió de hombros. Tras los lentes, sus ojos brillaron un instante, con agudeza, casi con simpatía.

—Su valor me impresiona, Mulligan. Es usted un tipo correoso y magnífico. No tengo interés especial en que le prendan. De modo

que aproveche la ocasión. Lárguese bien de prisa. Si la señora Forbes no ha considerado oportuno denunciar su presencia, no seré yo quien lo haga. Pero dentro de cinco minutos, me veré obligado, si sigue por aquí. Sobre todo, que no le vea Forbes. Para él, su captura representa una victoria ante la ciudad. Y para otros muchos también.

—Recordaré el favor, Karman. Hasta otra —agitó una mano alejándose rápidamente.

Bruce Karman le vio partir, con expresión admirativa y burlona. Comentó, meneando la cabeza, mientras iba hacia la casa que Jack acababa de abandonar:

—Un tipo increíble este Mulligan... Lucha sólo contra una ciudad..., y aún no se da por vencido...

* * *

Era enormemente gordo. Adiposo como una bola de sebo, redondo como una cara de luna. Algo así como un gigantesco queso de bola, con otro queso más pequeño encima, que era la cabeza.

Costaba trabajo creer que aquel hombre tuviera en sus manos los destinos de media ciudad. Y, sin embargo, así era. Dino Franciosa, hijo de una norteamericana y de un italiano emigrado, nació cincuenta y tantos años atrás, en el barrio latino de cualquier ciudad del Este del país, y creció en un ambiente no menos siciliano que si hubiera estado en la tierra paterna. Pero considerablemente más sórdido, duro y violento que aquél.

Dino Franciosa llevaba todo eso en la cara, en los duros ojos negros, centelleantes como cuentas de vidrio heridas por la luz. La nariz era corva, aguileña, y proyectaba una sombra cruel sobre los labios delgados, sin color. El bigote negro, muy fino, era ridículo. La cabeza, cubierta de cabello negro, liso y brillantado con fijador y cosméticos, también. Pero él, Dino Franciosa mismo, no era ridículo.

Jack pensó, al verse ante él, que no le hubieran ido mal los baños turcos del candidato Craig, para aligerar un poco sus fofas carnes. Pero al italiano no parecía hacerle desgraciado su gordura. Por el contrario, reía burlón, al enfrentarse con Jack Mulligan en el jardín de su residencia campestre, rodeado de arriates floridos,

setos, una piscina de forma oblonga, con aguas coloreadas como en una finca de Hollywood, y una terraza embaldosada rústicamente y cubierta con toldos de vivos colores.

Con el batín de tejido de toalla, en rojo, verde, azul y amarillo, y los «shorts» con dibujo de piel de leopardo, Franciosa hubiera podido hacer reír a un niño. Pero Jack no reía.

—Bueno, amigo. Es usted un tipo valiente, de eso no hay duda —declaraba ahora Dino Franciosa con regocijo. Tenía la misma voz que por teléfono: dura, metálica, chirriante y llena de frialdad—. Lleva detrás de sus talones a doscientos policías y un puñado de miles de ciudadanos, más o menos honrados. Y usted, todavía se pasea, hace visitas y juega al escondite...

—El juego no puede durar mucho, Franciosa —dijo Jack, con rudeza—. Deje al menos que me divierta a mi modo.

—Si es capaz de divertirse... —El gordo se encogió de hombros. Estaba declinando el tibio sol norteno y arrancó reflejos de su cabello terso, que escupía el agua de la piscina como si estuviera hecho con fibras de nylon—. ¿A qué ha venido aquí?

—Hubiera querido ir esta noche a su garito, pero tengo otras cosas que hacer. Y tal vez era demasiado arriesgado, después de todo...

—Sí, tal vez sí. ¿Qué quiere de mí?

—Usted me llamó, ¿recuerda?

El gordo agitó una mano. Parecía una almohadilla, con dedos hinchados de aire, igual que neumáticos. Le gustaban las joyas y lucía dos o tres anillos costosos.

—Oh, eso era ayer. En veinticuatro horas, las cosas han cambiado mucho. Usted se ha hecho peligroso. Sumamente peligroso, Mulligan. No es un tipo acusado de soborno y expulsado de la policía. Es un reclamado por asesinato. Y eso lo cambia todo.

—¿Incluso para Dino Franciosa?

—Incluso para Dino Franciosa, sí —declaró fríamente el Buda viviente—. No quiero líos de esa especie. Ya están bastante embrolladas las cosas, y bastante mal habla de mí la gente.

—¿Justificadamente?

—Eso es cuenta mía, amigo —cortó, incisivo como un bisturí—. Hago de todo, malo y bueno. Solamente lo malo llega a conocimiento de las gentes. Pero la Ley no puede agarrarme. Eso es

lo que cuenta. Porque soy listo, Mulligan. Muy listo.

Era un presuntuoso, un hombre consciente de su poder.

Jack le miró de hito en hito.

—Si es tan listo, ¿por qué no trata de ayudarme? Yo podría serle muy útil. Usted sabe que no maté a Bakers ni recibí el dinero de Allyson ni de nadie. Todo lo tramaron ustedes.

—Mi querido amigo, no diga tonterías —suspiró el gordo Franciosa—. Yo no he tramado nada contra usted. No tengo nada que ver en esos sobornos, ni tuve nunca con Allyson otros negocios que los típicos en mi ambiente. No serían muy limpios, pero tampoco mediaban sobornos ni cochambre de ésa. Equivoca el camino, Mulligan. Y sobre su inocencia, no sé nada de nada. Tengo mi criterio, pero eso es todo. Saber, nada sé.

—¿Y cuál es ese criterio?

—Acostumbro a reservármelos —bostezó, fatigado—. Bueno, se marcha el sol. Voy a darme la última zambullida del día en la piscina. Eso tonifica los nervios, amigo...

Se quitó el batín de toalla. Era una masa de carne y de grasa, distribuida en redondo. Su aspecto era grotesco, sin otra prenda que los «*shorts*» de leopardo, y las chinelas de goma.

—Si quiere saber mi criterio, sin embargo, le diré algo —habló, tirando las chinelas a un lado—. Me recuerda usted a la liebre mecánica de los canódromos, que se lanza para que los galgos corran detrás... ¿Eso es bastante?

—Creo que sí. —Jack torció la boca. El símil era bastante bueno; y desgraciadamente fiel a la realidad—. Hasta ahora, he corrido más que ellos. Pero mi mecanismo se gasta, Franciosa.

—Quisiera ayudarle. De veras quisiera hacerlo —declaró, camino de la pileta, sobre las baldosas en forma de piedras rústicas—. Pero no puedo...

—¿Ni siquiera en recuerdo de Sarah Laverne? —Le disparó Jack, de repente.

Franciosa no se inmutó. Siguió andando hasta el borde del agua coloreada. Allí, volvióse hacia Jack, le miró con interés y rezongó entre dientes:

—¿Laverne ha dicho? ¿Sarah Laverne? ¿Quién es ésa?

—Es usted un buen actor, Franciosa. Y dueño de sus nervios —habló Mulligan, duramente—. Pero a mí no me engaña. Sabe a

quién me refiero. Ella está en Bay City, y usted lo sabe. ¿Sigue enamorado de ella? ¿Está haciendo todo esto por dañar a Forbes..., o por dañarla a ella?

—No le entiendo, Mulligan —bostezó Franciosa—. Y cuando no entiendo a alguien, empiezo a aburrirme, como con esos malditos crucigramas que no logro resolver. Buenas tardes, amigo. Le deseo suerte en su juego del escondite...

Se zambulló en el agua, casi alegremente. Su faz halconada, ancha y redonda, no reflejaba emoción alguna. Los ojos oscuros chispeaban, burlones. Parecía reírse ele los esfuerzos de Mulligan por acosarle. Se sabía el más fuerte, y no tenía miedo alguno.

Jack giró sobre sus talones, encaminándose con irritación hacia la salida. Franciosa no hizo nada por detenerle, pero desde el agua le gritó con voz suave:

—¡Abra bien los ojos, Mulligan! ¡Para jugar al escondite, hay que saberse esconder, y saber por dónde va uno! Creo que está equivocando los caminos...

No le hizo caso. Abandonó los amplios jardines de la residencia de Dino Franciosa. El magnate de los bajos fondos de Bay City vivía como un «nabab». Demasiada gente vivía bien en la ciudad. A costa de la miseria y la ruina de los demás.

Nada más cruzar la verja se dio cuenta de su error al ir desprevenido.

El coche parado en la esquina no estaba antes allí. Era oscuro, y no había en él más que un tipo sentado al volante, fumando un cigarrillo, con la vista perdida en los álamos de la avenida.

Quiso ponerse en guardia. Pero era tarde. Algo metálico, duro y brutal, se le hincó en las costillas. Una voz sibilante le ordenó con rudeza:

—¡Vamos, eche a andar, Mulligan! ¡Hacia ese coche, y sin intentar nada, o le dejo seco aquí mismo!

El tipo no hablaba en broma. Jack conoció su voz aún antes de mirar de soslayo hacia él. La faz pálida, enjuta y afilada de «Druggs» Walcott, el propietario del «Blue Stork», destacaba más con aquel sobretodo demasiado grande para él, y de un rabioso tono amarillo, bajo el que se marcaba la automática, pegada a las costillas del ex policía.

—¡En marcha! —apremió ásperamente—. Vamos, vamos...

Jack miró un momento atrás. A las verjas y a los setos de la residencia de Franciosa. Se decía que «Druggs» era uno de los elementos leales al siciliano. Esto parecía confirmarse. Y muy desagradablemente, al parecer.

Jack Mulligan echó a andar, siempre con el sobretodo amarillo y la pistola pegados a su cuerpo. La mano de «Druggs» le iba guiando hacia el coche. El tipo del volante, como quien no quiere la cosa, tiró el cigarrillo por la ventanilla, y puso en marcha el motor. Ni una vez miró para ellos.

—Vais a liquidarme, ¿no es eso? —preguntó Mulligan—. Estorbo demasiado, gozando de libertad...

—Cierra el pico y sigue adelante —atajó «Druggs» con rabia. Su pistola le golpeó en la espalda con tuerza—. Vas a pagarme muchas cosas ahora, cerdo. Me divertiré viéndote cómo las pasas mal...

—No cantes victoria todavía. —Mulligan observó la rama de álamo caída en tierra, justamente ante el coche. Su cerebro trabajaba a toda presión, vertiginosamente. Si quería seguir con vida, tenía que hacer algo. Fuese lo que fuese—. Tengo siete vidas, como los gatos.

—Pues ya se te ha agotado hasta la de propina, Mulligan —rió Walcott—. ¡Vamos ya, no perdamos tiempo! Y cuidado con ese ramaje. Vas a...

El aviso parecía tardío, porque los pies de Jack se enredaron en el ramaje. Trastabilló, con una imprecación. «Druggs» quiso sujetarle con su mano libre, para evitar la caída, pero no pudo. Mulligan cayó de bruces al suelo.

Sin embargo, al mismo tiempo, sucedieron un montón de cosas raras. Todavía no había tocado Jack el suelo con su cabeza y hombros, cuando ya sus piernas salían disparadas como resortes, en un doble puntapié asombroso, hacia el rostro de «Druggs». Fue un golpe espectacular, del más puro «catch».

Jack aprendió eso tiempo atrás. Había temido que sus músculos no respondieran a la lección del entrenamiento policial. Pero respondieron.

«Druggs», débil físicamente, fue disparado por los dos golpes de zapatos de Jack en su rostro. Gritó débilmente, cayendo atrás como un guiñapo. El hombre del coche soltó el volante para esgrimir una automática «Colt» del 45, negra y pavonada, con una imprecación

malsonante.

Desde el suelo, tras su tijera asombrosa, Jack Mulligan fue más veloz que él. Su mano derecha se había hundido en el bolsillo de su americana. Disparó la automática a través del tejido.

Seguía siendo el campeón de tiro que conociera el infortunado capitán Bakers. El hombre del volante agitó una mano cubierta de sangre, mientras la pistola rodaba a la acera. Aún no se había extinguido la detonación cuando ya Jack giraba su arma hacia «Druggs».

Walcott se había rehecho con sorprendente rapidez, y se incorporaba, pugnando por extraer su pistola. Jack no le dejó ir más allá. Le clavó un proyectil del 32 en el estómago. Le vio encogerse como un perro golpeado por una piedra.

«Druggs» agitó su mano, finalmente armada, pero inútil ya. Abrió mucho los ojos malévolos, y se derrumbó de bruces, con un espasmo. Mulligan, convertido en una máquina implacable de lucha a muerte, abalanzóse sobre el automóvil, donde el otro individuo lloriqueaba, sobre su mano rota. Abrió de un tirón la portezuela, extrajo al esbirro con una mano, y con la pistola le asestó un brutal golpetazo en la mandíbula.

Le abrió un hondo surco sangriento, y el tipo se desvaneció. Lo arrojó a la acera de aquella alameda residencial, en algunas de cuyas fincas empezaban a oírse gritos de alarma.

Subió de un brinco al coche, cerró la portezuela, pisó el acelerador, y lo puso en marcha. Alejóse entre una polvareda, avenida abajo. En la acera, quedaron «Druggs» y su compinche, inmóviles sobre el asfalto.

Dentro de la residencia que acababa de abandonar Mulligan, el gordo Franciosa rió dentro del agua, cubriéndose de grandes pliegues su abdomen adiposo.

—Ese Mulligan... —farfulló, encogiéndose de hombros—. Sigue jugando al escondite...

CAPÍTULO IX

Jack Mulligan detuvo el coche negro en una calleja de los suburbios. Era un «Buick» de tres años atrás, a nombre de James F. Walcott, Bay City. Walcott no disfrutaría más, ni de éste ni de otros coches. Había encontrado su merecido.

Registró los compartimientos. Había fotografías de un hermoso yate, llamado «Mohicano», en una de las bolsas laterales, en la portezuela. Un registro de propiedad del yate del mismo nombre, extendido también a nombre de James F. Walcott. Pero con una curiosa cláusula especialmente escrita a máquina, al final del documento:

«Este yate podrá ser vendido o cedido, bajo escritura privada, a una persona distinta del titular, sin que los registros legales de propiedad y matrículas hayan de ser necesariamente modificados por la venta o cesión».

Era muy significativo. Jack guardó todo aquello. Iba a ser un buen arma contra Edmond Forbes. Sólo bastaría hallar el documento privado, posiblemente en poder de algún notario o abogado de la ciudad. El fiscal del distrito lo hallaría donde estuviese.

Mulligan encontró otro objeto de interés en el compartimiento posterior, bajo el asiento: una portátil ametralladora «Thompson», último modelo, totalmente pavonada y mate, incluso en su cañón. Tenía un cargador aplicado. Y, cosa curiosa, el cargador no estaba

completo. Al menos se habían disparado una treintena de balas con aquella arma.

Evocó la noche del club nocturno, en la puerta del «The Tower». Podía ser la misma ametralladora. Pero posiblemente no lo fuese, porque a él le había salvado la vida el brillo del cañón. Y éste no podía brillar. Era totalmente mate, refractario a la luz.

Perplejo, dejó todo aquello, excepto la ametralladora, que envolvió en unos trapos de los utensilios del coche, hallados en el portamaletas, y se alejó del vehículo con ello.

Disponía de poco tiempo ya para la cita con Lena Martin y Madge, la taquígrafa del Departamento, en el Parque de Atracciones Grand Rapids, a un par de millas del centro urbano. Había anochecido, y aún tenía que hacer algo antes de ir allá.

Se encaminó a un establecimiento, de artículos de piel. Adquirió un estuche alargado, propio para guardar un violín. Una vez fuera del local, introdujo en él la «Thompson», sin despojarla de los trapos, y corrió hasta encontrar un taxi. Sin dejarse ver demasiado por el conductor, le indicó el «City Music Hall». El hombre le condujo allí sin sospechar nada. Con el estuche del violín, pasaba perfectamente por un músico que llegaba tarde al concierto vespertino de los jueves.

Una vez en el «City Music Hall», cambió de taxi. Tomó uno que pasaba, indicándole la dirección de la estación de trenes de cercanías, hacia Saginaw, Flint y otros puntos inmediatos. Como sospechaba, la estación estaba muy vigilada por varios agentes uniformados y otros de paisano, a los que conocía perfectamente.

Despidió al taxi también, y se encaminó a un punto donde no había policías: la consigna de equipajes. Depositó el estuche de violín allí, le entregaron el resguardo, y Jack se alejó, evitando la proximidad de las taquillas y pasos al andén, celosamente guardados. Querían evitar a toda costa la fuga de Mulligan de la ciudad. Y no había duda de que lo lograban. Sólo que Jack no pensaba en huir.

Ahora, un tercer taxi le llevó de nuevo a las proximidades de la calleja donde dejara abandonado el coche de Walcott. Prefería correr el riesgo con éste, que en un coche del servicio público, donde el peligro aumentaba por instantes.

Arrancó a buena marcha, hacia el sur de la población. En su

suburbio popular, se hallaba el distrito de Grand Rapids, con igual nombre que la gran ciudad de Michigan, no muy lejana. Allí se establecían siempre las ferias, circos y atracciones. Allí había resuelto Madge encontrarse con Lena Martin. El sitio era bueno, porque estaba muy concurrido, y nadie pensaría en él, para vigilarlo.

A pesar de todo, mientras conducía, con las manos firmemente aferradas al volante, no se sentía seguro del todo. Una creciente inquietud iba dominando a Mulligan.

* * *

Música, ruido y olor a muchedumbre. Todo eso, rodeado de luces, colores, anuncios sugestivos y todo cuanto puede hallarse en una feria.

La de Bay City no era distinta de las demás. Desde las casetas donde exhibían a la «Mujer Barbuda», hasta la de los enanos, el gigante de dos cabezas, «nunca visto en el mundo», pasando por carruseles, «streap-teases» femeninos, montañas rusas, norias y todo lo demás. Todo era lo de siempre. Eterno, bullicioso y alegre. Ingenuamente alegre, por supuesto.

Jack Mulligan dejó abandonado el coche, tras las edificaciones de un pequeño circo, y rodeó éste, mezclándose con la gente, camino de la montaña rusa. La enorme armazón metálica de ésta se alzaba hacia lo más alto de la feria, bordeada de luces, en un alarde espectacular, para impresionar al ingenuo visitante.

Los vagones se deslizaban por las rampas, cuestras y pendientes escalofrantes, con largos, estremecedores chillidos de metal. Los gritos cía la gente subida en las vagonetas, por aquel recorrido de dementes, hacía lo demás.

Jack, sordos sus oídos al estrépito de hierro de la montaña rusa, se detuvo bajo la enorme mole de traviesas y vigas metálicas, ajeno al dorado cebo de las taquillas, los «precios ruinosos» y todo lo demás, incluido el vociferante tipo de frac verde y rojo.

Oteó en derredor. Faltaban unos minutos para las diez. No muchos. Había querido ser puntual. Más aún, anticiparse a la hora señalada.

La barahúnda infernal de los vagones lanzados por las alturas, se

convertía en un martillo golpeando sobre los nervios sistemáticamente. A pesar de todo, Jack Mulligan soportó ese martilleo endiablado.

Lena no aparecía, a pesar de que el sitio era correcto. Por si acaso, fue rodeando la estructura metálica, pero no halló rastro de la reporter ni de Madge. Las diez y tres minutos señalaba ya su reloj de pulsera cuando alguien llamó a su espalda:

—¡Jack!

Se volvió. Era Madge, la bonita aspirante a periodista. Ni rastro de Lena Martin.

—¡Madge! —Mulligan corrió hacia ella, aliviado—. Creí que te sucedía algo. ¿Y Lena?

—No sé. Acabo de llegar, y no la he visto... —La estudió con sorpresa. Venía muy pálida e impresionada. Estaba nerviosa, inquieta—. Me..., me avisó de que estarías aquí, Jack. Me ha alegrado mucho. Al fin podré hacer algo por ti.

—¿Traes las pruebas? ¿Sabes quiénes son los sobornados?

—Sí, Jack. Cogí una conversación casual en el Departamento, cuando creían que no quedaba nadie en las dependencias de oficiales de detectives. La tomé en taquigrafía.

—Bendita seas, muchacha... —Nervioso, miró en derredor. Lena seguía sin dar señales de vida—. Escucha, Madge. ¿Sabía alguien más lo de este encuentro en la feria?

—No, no, Jack. ¿Cómo iba a decir tal cosa a nadie? Era un secreto entre los tres, guardado con la mayor rigurosidad. Si ellos sospecharan algo..., nos asesinarían.

—Tal vez Lena no haya podido venir...

—Es igual, Jack. Después de todo, tú puedes hacer más que ella con la información. Aquí tengo ya transcrita la charla de los dos policías traidores —le tendió, abriendo el bolso, un par de hojas mecanografiadas—. Naturalmente, no son una prueba en sí estos folios. Pero unidos a mi declaración como testigo de cargo, no dejan lugar a dudas.

Jack tomó los pliegos. Interrogó a la joven, con tensión en la voz:

—¿Están claras sus identidades y sus objetivos en esta charla, Madge?

—Sí, Jack. Hablaron ampliamente. Ahí lo verás. Al parecer, uno

de ellos, el superior, conoce directamente al que mueve los hilos en la sombra. No dio su nombre, pero sí el lugar donde acostumbran a encontrarse para recibir dinero e instrucciones. Se habla de la muerte de Bakers, de la que se encargó directamente su jefe, igual que de ametrallarte a ti, Jack, ante «The Tower»...

—Cielos, es mucho más de lo que podía imaginar, Madge —la besó en una mejilla—. Eres un encanto, muchacha. ¿Quiénes son ellos? Ardo en deseos de saberlo...

—Lo verás ahí. Pero son dos buenos conocidos tuyos en la policía. Exactamente, el agente Reagan y...

—¡Reagan! —Jack apretó los labios con ira—. ¡El mismo que me machacó como un salvaje! ¡Mi verdugo en los sótanos del Departamento!

—Sí, Jack. Y el otro es...

El estruendo era insoportable. Los hierros de la selva metálica formada por la montaña rusa, vibraban, al paso de las vagonetas, lanzadas vertiginosamente por las rampas. Las luces giraban, parpadeaban y cambiaban de color, hasta emborrachar a uno.

Tal vez por eso Jack no percibió nada en un principio. Pero vio oscilar a Madge. La vio mover los labios, y no oyó nada de lo que decía. O tal vez nada dijo. Luego, estupefacto, lleno de horror, la vio boquear de nuevo. Pero esta vez, para vomitar sangre.

Lanzó una imprecación. La bonita cara de la mujer se cubrió de un color lívido. Sus ojos se abrieron enormemente. Jack estiró los brazos y la tomó en ellos cuando caía.

—¡Madge! —gritó, con todas sus fuerzas, luchando por sobreponerse al estrépito—. ¡Madge, pequeña...! ¿Qué te ocurre?

Se inclinó para ayudarla a sostenerse en pie, y entonces, algo rebotó junto a su oído, en un pilar de hierro de la montaña rusa. Jack giró en redondo la vista hacia aquel punto. La mella en el metal, solamente pudo producirla un proyectil. Y también el maullido que escuchara.

Madge resbaló de entre sus brazos, musitando algo que no le era posible oír. Vio los dos orificios en la espalda, por los que la sangre fluía, empapando ya su blusa blanca.

Lleno de horror, comprendió que habían disparado sobre ella en el estruendo de la feria, tal vez con silenciador. La habían asesinado, porque era evidente que las balas criminales perforaron

su pulmón.

—¡Madge! —gritó—. ¡Madge, Dios mío!...

La gente comenzaba a agruparse en torno suyo, contemplando lo que creía un accidente o un desvanecimiento. El ruido, el estrépito, no cesaban. Una muchacha vio la sangre, y gritó.

Jack había visto morir a demasiada gente, para no saber cuándo un disparo era mortal o no. Madge estaba agonizando. La miró con dolorosa impotencia, ya reclinada a sus pies. Rabioso, silabeó junto a ella:

—¡Madge, muchacha! ¡Yo encontraré a quién te ha hecho esto..., y le destrozaré!

Pero ella ya no le oía. Se había quedado rígida, inerte contra los hierros de la montaña rusa. Con los vidriados ojos fijos en el vacío.

Mulligan la soltó. Su sangre hervía, ansiando localizar al asesino. Las balas habían llegado de arriba. Y aún llegó otra, buscándole rabiosamente. La sintió rebotar en otro hierro, cerca de su cabeza.

Lanzó un rugido de fiera acorralada. La gente, asustada al verle extraer su automática, abrió rápidamente el cerco. Jack clavó sus ojos en la altura. En la montaña rusa.

Le vio allí. La vagoneta descendía ya, vertiginosa. Un solo hombre la ocupaba. Sobre el borde del vehículo, un rifle provisto de silenciador y de mira telescópica.

Por eso atinó sobre Madge, a pesar de la distancia y de la velocidad del vehículo. Pero no supo acertar a Jack, al estar él en movimiento. Además, era probable que eligiera para hacer blanco sobre Madge, un lento ascenso por una rampa.

Estaba en la parte más alta de la montaña rusa. Pero la misma rampa de ésta, con sus vueltas y revueltas, sus senderos serpenteantes de hierro, girando sobre sí mismos, reducían mucho el terreno.

Mulligan lanzóse hacia la estación de salida de las vagonetas. Una pareja chilló, aterrorizada, cuando le vio dirigirse a la vagoneta que ellos se disponían a ocupar, y corrieron, dejándole el campo libre. Jack saltó a la vagoneta, tirando un billete al empleado, a quien gritó, enarbolando su pistola:

—¡Pronto, ponga esto en marcha!

El hombre, más impresionado por el arma que por el dinero, así

lo hizo. La vagoneta comenzó a ascender. Lenta, pesadamente. Jack, pistola en mano, aguardaba, con sus músculos y tendones en la máxima tensión.

Sobre su cabeza, rugió la vagoneta del asesino, en el descenso. Un disparo se perdió, con ásperos maullidos, preso en la red metálica de la montaña rusa. Jack apretó los labios. Había un lugar, más arriba, donde los caminos confluían, casi superpuestos, en su ascenso y descenso. En ese punto por ser una cerrada curva, las vagonetas eléctricas reducían su marcha, para no correr peligro sus ocupantes. Esperaba ese punto con verdadera ansiedad.

El cruce llegó. La vagoneta descendente del criminal, y la ascendente suya, coincidieron, separadas sólo por las bandas metálicas de la senda situada arriba. Comenzaron a reducir la marcha, movidas por el control de abajo.

El asesino trató entonces de saltar fuera de su vagoneta. Jack adivinó sus intenciones. Rápido, basculó sobre la parte delantera de la vagoneta, temerariamente erguido en pie.

Estiró los brazos, sujetando la *pistola* entre *sus* dientes, como un cazador *haría con su cuchillo de monte*. En cierto modo, también él iba a *cazar*. A *cazar* a un *hombre*, a una bestia sanguinaria...

Luego, saltó. En el instante justo en que de nuevo volvían a acelerar su marcha las vagonetas. Alcanzó las bandas metálicas del camino superior. *Se aferró a ellas*.

El adversario lo advirtió. Rápido, cambió de idea. En vez de huir, se agazapó, apuntando a Jack con su rifle. Disparó luego. Pero ya la vagoneta suya aceleraba, hacia donde Jack se hallaba aferrado. El tiro falló por pocas pulgadas. Mulligan sonrió salvajemente. Luego, brincó al pasar la vagoneta.

Era un duelo alucinante, en un mundo aterrador, de metal y de luz, de ruido y de muerte, a muchos pies sobre el nivel del suelo. Una caída sería mortal.

Mulligan cayó en la vagoneta misma del asesino. Como llovido del cielo. El hombre del rifle rugió algo soez, y dirigió hacia él su arma. Jack no le dejó hacer más.

No era un ser humano cuando se abalanzó sobre Reagan, el detective. Era un tigre furioso, una fiera desatada. Evocó la muerte de Bakers, la de la infortunada Madge, y también la paliza recibida de manos de aquel asesino que denigraba el honroso Cuerpo

policial.

Reagan era un ser duro y violento, un manojo de rudos músculos. Pero Jack era un proyectil incontenible. El disparo final de Reagan salió alto, rozando los cabellos de Jack.

Éste le arrancó con un rugido el rifle de las manos. Lo utilizó a guisa de martillo, y soltó una ráfaga aterradora de mazazos sobre Reagan, que chilló desorbitadamente, encogiéndose al fondo de la vagoneta.

Parecía derrotado, vencido. Pero aún no lo estaba. Logró entrelazar sus piernas, en torno a las de Jack. Éste, llevado por su propio impulso, vaciló al sentirse apresado.

La vagoneta tomó un descenso vertiginoso, que sacudió su cuerpo de un lado a otro..., ¡y Jack se precipitó fuera del vehículo, en mortal caída!

CAPÍTULO X

Reagan lanzó un grito de júbilo al ver desaparecer a su enemigo en el vacío. Se incorporó, con una sonrisa radiante.

Ya nada tenía que temer. La testigo que pudo llevarle a presidio, había muerto. Y su enemigo mortal, Jack Mulligan, también. Todo estaba resuelto.

Demasiado tarde, vio las manos. Crispadas, aferradas al borde de la vagoneta. Era lo único que se descubría de Jack Mulligan. Colgaba del abismo, sí. Pero sujeto aún al borde del vehículo.

Se abalanzó, con un feroz juramento, sobre el tenaz adversario. Sin embargo, su momento había pasado. Cuando pudo arrancar de allí aquellas manos, no lo hizo. Jack, con el aliento recuperado tras el instante trágico de la caída y su acto instintivo de sujetarse para no zambullirse en la muerte segura, brincó ahora de nuevo hacia la vagoneta, en un alarde muscular soberbio. Su impulso coincidió con el momento en que Reagan se abalanzaba, alzando la pierna, para pisotear las manos de Jack y lanzarlo definitivamente abajo.

El giro del cuerpo de Jack, cayendo dentro del vehículo de nuevo, alcanzó con un golpe tremendo a Reagan. El indigno policía trató de mantener el equilibrio con un grito horrible, desesperado.

No pudo ser. Su pierna en alto le perdió. La otra no bastó para sostenerle, y su cuerpo venció hacia atrás. La vagoneta entró en una nueva curva descendente. Y Reagan, como arrancado por una mano invisible y poderosa, saltó al vacío. El no pudo ni supo sujetarse a nada.

Rebotó entre los travesaños de hierro, fue perdiéndose, con gritos y choques espeluznantes, en el fondo de la atracción, hasta que no fue más que un silencioso amasijo humano, allá abajo.

Jack, sin aliento, tendido en el fondo de la vagoneta, respiró

hondo. Reagan había recibido su castigo. Pero faltaba el otro policía sobornado, el compinche de Reagan, el directo colaborador con el que dirigía la corrupción política de Bay City. Además, él no podría acusar a nadie. A estas horas, le aguardarían abajo para prenderle. Es posible que le culparan, incluso, de asesinar a Reagan y a Madge. Nadie había visto la verdad de los sucesos en la feria. No escaparía ahora fácilmente.

Jack llegó suavemente a la estación de abajo. El viaje demoníaco sobre las vagonetas había terminado. Vio uniformes azules de la policía, agentes de paisano, curiosos. Todos se agolpaban, esperándole. Jack Mulligan suspiró. Estaba cansado, abatido.

Y éste era el fin.

Al menos, había vengado en parte a Bakers, a Madge, a sí mismo... Lástima que no pudiera hacer igual con los demás...

No se resistió cuando varios policías, al mando de Rusty y de otro policía a quien no recordaba haber visto, llegaron hasta el andén de la montaña rusa, y le rodearon.

—Está bien, ustedes ganan —masculló, extendiendo las manos—. Pongan las esposas. El juego ha terminado. Y, como siempre, perdió el que se esconde...

Sin querer, pensó en las palabras burlonas de Dino Franciosa aquella tarde. El gordo había tenido razón.

Rusty, con expresión grave, se acercó. Con él, el otro policía. Éste era alto, fornido y muy rubio. Vestía un sobretodo gris. Buscó algo en el bolsillo, mientras se aproximaba.

Las esposas, el doble lazo de acero, iba a cerrarse ya sobre sus muñecas...

* * *

—Le he buscado mucho últimamente, Jack Mulligan —dijo el hombre rubio, del sobretodo gris—. A usted y a Lena Martin. Pero especialmente a usted... Me han hecho correr mucho, diablos.

Ya tenía en la mano lo que andaba buscando. No eran unas esposas. No todavía. Era una placa. Jack leyó, en torno al escudo circular, con el águila estadounidense: «Federal Bureau of Investigation». Alzó los ojos curiosamente hacia el joven.

—Aldo Merrill, del FBI —informó éste, con una sonrisa—.

Lamento lo de la señorita Madge Wallace, su audaz taquígrafa. Pudo haber salvado la vida, de confiar en nosotros. Usted también pudo evitarse muchos disgustos, Mulligan. ¿Mató usted a «Druggs» esta tarde, en Alameda Hill?

—Si. Pueden acusarme también de este crimen, federal.

—No diga tonterías. Nadie le acusa de nada..., sargento Mulligan.

—¿Eh? —Jack le miró, torcidamente—. ¿Bromea, Merrill?

—No bromea —intervino Rusty—. Hemos sabido que Reagan era uno de los sobornados. No pudimos evitar que matase a Madge. Ni que usted acabara con él allá arriba, en ese duelo de águilas.

—Pero ¿qué es lo que sucede? ¿Es que no me arrestan? ¿Por qué ahora creen en mí?

—Recibí una carta del capitán Hugh Bakers —explicó Merrill—. Estaba un poco asustado al parecer. No por él mismo, sino por usted. Había reflexionado y llegado a la conclusión de que si a él le sucedía algo, usted no podría demostrar la verdad de su situación. De modo que escribió al FBI, no fiándose de la policía local, por ignorar quién era honesto y quién no. Yo recibí el encargo de esclarecer lo que sucede en Bay City. De aquí han salido secretos importantes para Canadá últimamente. Allí, agentes extranjeros se hacían cargo de esos secretos, trasladándolos a su vez lejos de América. Queremos saber lo que pasa en Bay City. Y parece que vamos a saberlo al fin.

Jack Mulligan no salía de su estupor. Miró fijamente a Merrill, el agente de Washington. Nunca le habían sido particularmente simpáticos los

G-Men

. Ahora era distinto. Muy distinto...

—Tengo en mi bolsillo la copia de una conversación tomada taquigráficamente por Madge Wallace —informó—. Tal vez ella no ayude bastante, ahora que la pobre muchacha no puede hablar. Había otro sobornado, además de Reagan...

—Bien, veamos esa copia —pidió Merrill—. Vamos a mi coche. Está ahí mismo. Mientras nos dirigimos a ver si hallamos a Lena Martin en alguna parte, iremos leyendo eso.

—¡Lena! —Jack abrió mucho los ojos—. Es cierto. Dijeron algo de ella. Tenía que estar aquí ahora... ¿Por qué no está?

—No lo sabemos. La busco, porque hoy estuvo en el Departamento de Policía haciendo preguntas, y Rusty observó que Reagan la atendía muy solícito, pero con aire de sospecha. Reagan ignoraba entonces que ya era sometido a vigilancia. Cuando la joven se marchó, Reagan telefoneó a alguien. Y eso nos preocupa, porque nadie ha vuelto a saber nada de Lena.

—¡Tienen que encontrarla! —gritó Jack, alterado—. ¡Eso puede significar algo horrible!

—Lo sé, Mulligan. Por eso la buscamos —corrieron a través de la agitada feria, hasta el coche federal—. Reagan debió imaginarse que ella sospechaba algo. Y se pusieron en guardia. Si mataron a Madge, no hay motivo para suponer que sean más blandos con la periodista.

—¡Por Dios, no hable así! —jadeó Jack roncamente, sorprendiendo con su énfasis al federal y a Rusty; que se miraron con significativa expresión—. Hay que dar con ella... ¡Hay que dar con ella!

El coche arrancó. Mientras Merrill leía la copia de Madge, Rusty explicaba a Jack:

—Perdimos a Reagan cerca de la feria. No sabíamos lo de su cita con Madge y Lena. De otro modo, la chica no hubiera muerto... Pero eso ya no tiene remedio.

—No, no tiene remedio —suspiró Mulligan—. Esperemos a que lo de Lena sí lo tenga... ¿Han probado a buscarla en su casa?

—No tuvimos tiempo. Solamente el periódico y los lugares que ella frecuenta. Su jefe, Archer, nos dijo que ella no acostumbra a ir nunca a su casa hasta última hora de la noche y...

—A pesar de todo, hemos de apurar los medios. Y si eso falla..., tengo una idea.

—¿Cuál es, Mulligan?

—Se la diré a tiempo.

—¡Cielos! —saltó el federal, en ese momento, entregando a Jack el papel—. ¿Saben quién era el otro sobornado de la Policía, el que mantiene contacto directo con Forbes, Franciosa o quien sea?

—No. ¿Quién? —La pregunta brotó a la vez de Jack y de Rusty.

—El teniente Talbot, el mismo que le quitó la pistola a usted, Mulligan, para matar con ella a Bakers, negando luego que usted la entregara...

Jack inclinó la cabeza, pensativo. Había imaginado algo así. Se alegraba de que el jefe, Nero Hawkins, estuviera libre de sospechas. No era un mal tipo ni mucho menos. Muerto Bakers, era el mejor de todos.

—Talbot... También a ese hay que encontrarle —masculló. Volvióse hacia Rusty con viveza—: Oiga, llame al Departamento. Diga que pidan el número de la residencia de los Forbes. Que se ponga quienquiera que esté allí. Es muy urgente.

—Sí, sargento —asintió Rusty, llamando por el teléfono del coche a la Central.

El automóvil siguió como una flecha hacia la dirección indicada por Jack. Antes de llegar, informó Rusty, sombrío:

—Nadie responde desde allí. La hacienda Forbes está desierta, al parecer.

Jack no dijo nada. Pero la piel de su rostro se puso tensa. Inclinó los ojos, ceñudo. El automóvil de Merrill se detuvo ante la casa de Lena Martin.

Saltaron a tierra y penetraron como un alud en el «*hall*». Jack voló hasta el «comptoir» y central de Teléfonos, pidiendo por Lena Martin. Les dijeron que no estaba.

—¿Sabe a dónde ha ido? ¿Volvió por aquí esta tarde? —inquirió Jack, duramente.

El telefonista vaciló. Pero la insignia de Merrill allanó obstáculos. Su informe fue escueto:

—Sí, señores. Perdonen... La señorita Martin estuvo cambiándose de vestido, a eso de las nueve. Vino a recogerla un caballero. Ella le habló, al pasar frente a este mostrador: «Gracias, teniente Talbot. Ha sido muy amable... Ignoraba que hubiera ocurrido eso...». En fin, algo parecido. Ella daba la impresión de estar preocupada.

—¡Talbot! —Se miraron entre sí todos con temor, al repetir Jack el nombre—. ¡Cielos, Merrill, corramos!

—Sí, pero ¿a dónde? No sabemos a dónde pudo llevarla ese traidor...

—Yo tengo mi idea, ya se lo dije. Es el momento de ponerla en práctica. Si esa falla, estamos perdidos. Y Lena, sobre todo...

Echaron a correr hacia la calle. Saltaron como tigres al interior del coche. Éste arrancó vertiginosamente, bajo las manos de Jack

Mulligan, que eran ahora las que llevaban el volante.

Jack llevaba también el volante de la situación entera, hacia un desenlace que podía ser trágico..., especialmente para Lena Martin.

Y, por tanto, para él.

CAPÍTULO XI

Los arsenales de Bay City quedaron atrás. Los altos almacenes de los diques secos, y las largas hileras de pabellones dedicados a la construcción naval, se fueron perdiendo en la distancia.

El automóvil volaba materialmente sobre la cinta de asfalto, iluminándola con sus faros, que derramaban la luz con crudeza, resaltando los matorrales, arboledas y residencias campestres, a lo largo de la ruta.

—Pero, Mulligan, ¿qué es lo que pretende? —interrogó Merrill—. ¿Qué anda buscando por aquí?

Jack señaló con la cabeza hacia la margen derecha de la carretera, a las aguas del lago, en las que cabrilleaban las luces costeras, desparramadas, sin lograr disipar la negrura de su superficie.

—Ahí está la explicación de todo, Merrill. Dios quiera que lleguemos a tiempo de evitar lo peor.

—¿Ahí? ¿En el agua del lago? No le entiendo, Mulligan...

—Lo entenderá en seguida. Vigilen cuidadosamente las calas que bordean la carretera. Cualquier luz o cualquier forma anómala.

—¿Qué es lo que busca? ¿Una embarcación?

—Sí. Pero no un bote ni una canoa. Un yate. Mientras tanto, avise a las patrullas costeras por radio, Rusty. Que rodeen la zona. Conviene también avisar a las autoridades fluviales canadienses. Que cubran la divisoria y controlen todo posible paso de una embarcación norteamericana.

Rusty se apresuró a comunicar por teléfono con la Central, cara que se transmitiera por radio la orden dada.

Mulligan, entretanto, no reducía la velocidad del coche, que devoraba millas y millas, como un bólido vertiginoso, proyectado

hacia la noche.

Las calas desfilaban en rápida sucesión ante ellos, como en una proyección cinematográfica demasiado precipitada. La mirada aguda de Merrill, y también la de Rusty, recoman el litoral del lago en busca del más leve rastro de la nave que buscaban.

Jack iba pensando en la última y vertiginosa sucesión de acontecimientos, preguntándose si era posible que, tras la pesadilla vivida, volviera a ser Jack Mulligan, sargento de detectives.

Debería haberse sentido feliz. Pero no era así. No lo sería hasta que Lena fuese hallada..., suponiendo que estuviera con vida aún.

—¡Ahí! —gritó de pronto Merrill—. ¡En aquella cala!

Jack frenó violentamente, al borde de la acera blanca que bordeaba la curva en aquel punto de la carretera. Grandes montículos rocosos se alzaban ante ellos, entre arbustos y matorrales espesos. Más abajo, el federal había visto brillar una luz. Y captando la forma alargada, oscura, de una embarcación de ligero tonelaje, que podía ser el yate que ellos buscaban.

—Vamos allá —avisó Jack—. Usted y yo, Merrill. Usted, Rusty, telefonee a la Central. Pida ayuda a otras patrullas. Tenemos que cazar a los que estén ahí dentro. Por esta parte del lago no anclan yates con frecuencia. Ése debe de ser el de «Druggs» Walcott. Que es como decir el de Edmond Forbes.

—Ese hombre pronto irá a la silla eléctrica por sus canalladas —masculló Merrill, avanzando junto a Jack, pistola en mano, mientras Rusty telefoneaba, febril.

Mulligan no dijo nada. También él empuñaba su automática. Miró a Rusty cuando éste, provisto del revólver «Colt» de reglamento, se unió a ellos. Informó el agente:

—Ya están avisados. He dado la situación exacta. Pronto estarán aquí. Y pronto, también, las patrullas fluviales cercarán el yate.

—Bien. En marcha, pues. Tal vez me equivoque, después de todo. Si es así, será el fin de Lena. Y de nuestra última oportunidad para cazar al culpable con todas las pruebas precisas para verlo en el banquillo.

—Siempre quedará Talbot —avisó Merrill—. Ese rufián puede denunciar a su jefe...

—Si vive para poderlo hacer, mi querido amigo —observó fríamente Jack.

Merrill no contestó. Ya estaban al borde de la cala. Un sendero empinado, arenoso, descendía hacia el lugar, un refugio semicircular entre rocas costeras. A poca distancia de la cala, se erguía la mole afilada, esbelta, de un yate.

—¿Cómo lo alcanzaremos? —inquirió Rusty, ingenuamente.

—No veo ningún bote —observó Jack—. De modo que habrá de ser a nado.

Merrill asintió. Poco después, tres sombras sigilosas hendían las aguas, rumbo al yate anclado a pocas yardas de la playa.

En aquel instante sonó un disparo a bordo.

* * *

—¿Qué hacemos con ella?

—No pueden hacerse muchas cosas en nuestra situación, Talbot. Hay que eliminarla.

—Las aguas de la bahía son un buen sitio. Seguro y silencioso —opinó Signe Smundsen, fumando con lentitud su cigarrillo—. No volverá a chismorrear desde su periódico. La bonita arpía cerrará la boca allá abajo, querido...

—Naturalmente —el hombre erguido ante Signe Smundsen, el teniente Talbot y la inmovilizada Lena Martin, ligada a una butaca de pesadas líneas, en el camarote del yate, sonrió, inclinando la cabeza—. Es el medio de matar que tenemos más cerca. Supongo que algo le ha ocurrido a Reagan para que no nos haya telefoneado aún. Tenemos línea de radiotelefonía directa con tierra. Reagan hubiera avisado, nada más acabar con la Wallace en la feria.

—¡Dios mío! —jadeó Talbot, empezando a inquietarse—. Eso puede significar que Mulligan sepa ya que yo soy el segundo sobornado del Departamento..., y lo haga público.

—Eso no le dañará en absoluto, Talbot —rió el hombre suavemente—. Mulligan no va a ser creído por nadie. Usted es un honrado policía, y nada más.

—Pero suponga que cazaran a Reagan... —Silabeó Talbot, muy pálido—. Es un cobarde. Hablaría, no hay duda...

—¿Y qué va a hablar? No me conoce. No sabe que yo dirijo esto, Talbot...

—¡Pero sabe que yo tengo contacto con usted!

—Sí, eso es cierto. Fueron muy necios al hablar alegremente, creyéndose solos en la oficina del Departamento. ¿Olvidaron que la señorita Wallace quería ser periodista, y tenía una buena maestra para chismorrear? Les cazó bien. Ahora, es justo que paguen su tontería.

—Pero, jefe, yo he cumplido siempre fielmente, he sido un eficaz aliado...

—Que puede convertirse en un inútil, cuando sepan o sospechen que lo ha sido —rió el otro, burlón—. Lo siento, Talbot..., pero también habrá que silenciarle a usted.

El teniente boqueó, aturdido. Luego, observó la mano hundida en el bolsillo de la americana color crudo que llevaba su jefe. Quiso sacar su pistola rápidamente, hacer fuego al inesperado peligro. No llegó a tiempo.

Disparó antes el hombre que dirigía la trama en la sombra. Recibió Talbot el balazo entre las dos cejas, cuando ya el bolsillo parcheado de la chaqueta cruda ofrecía un boquete negruzco, chamuscado.

Talbot se derrumbó de bruces, sin proferir siquiera un grito. Los ojos dilatados de Lena Martin presenciaron el horror, y volvieron su mirada al asesino, que rió entre dientes, despectivo.

—Talbot no nos era útil ya —comentó, trivial.

—Está mejor así —aprobó fríamente Signe Smundsen. Su mirada helada se fijó en la prisionera con odio—. Irá contigo al fondo del lago, chismosa. Te has creído siempre muy lista, ¿eh? Fingiste creer lo que te contó el descubrimiento de pruebas a favor de Mulligan, para ver a dónde te conducía, ¿no es cierto? Estabas muy segura de ti misma con tu pistolita de juguete en el bolso, Lena Martin. Pero esto no es un juego. Y sabemos manejar a las fierecillas como tú. Ahora, ya sabes todo. Absolutamente todo. Pero no va a servirte de mucho, ¿no es cierto?

Lena no podía hablar, sujeta por la mordaza. Su mirada reflejaba más ira que terror. Ansiaba poder revelar la verdad a otros. Pero sabía que eso no era posible...

—Abajo están los otros —observó Signe lentamente, volviéndose ahora hacia su compañero de crímenes—. ¿Qué hacemos con ellos, querido?

—Dejarles donde están. Tengo una gran idea, Signe. Ya no

necesitamos este yate para nada. Suponte que estallan sus máquinas en forma inexplicable..., y se hunde con sus ocupantes a bordo. Cuando lleguen para salvarlos, será tarde. Y todos habrán muerto. Un trágico final, que cerrará el caso. Tendrán un culpable. Yo referiré una bonita historia. Y la ciudad habrá dejado de interesarnos. Ya tenemos suficiente dinero para vivir lejos de aquí tú y yo. Los demás nos estorban. Bay City también.

—Lo que tú digas, querido. Aunque no sé si existe en el mundo suficiente dinero para dos ambiciosos como tú y como yo... —ronroneó, feliz, abrazándose a él—. Pero intentaremos pensar que con nuestros millones, basta y sobra.

—Claro, querida. Vamos allá... —Estudió fija, cruelmente a Lena Martin—. Es una pena que esa belleza se pierda en el fondo del lago, ¿no crees?

—Tienes mi belleza, querido —habló Signe con peligrosa suavidad—. Sé lo que te gustan las mujeres bonitas, pero si intentas nuevas jugadas, lo pasarás mal. Yo también sé jugar mis bazas. Y tengo tanta fuerza como tú...

—Sí, querida... —El hombre rió, abrazándola—. Somos tal para cual, ciertamente. Vamos. Dejemos que Lena Martin se hunda..., igual que mi antiguo amor..., y el hombre que pasará como culpable, una vez destruido este yate.

Abrieron la puerta del camarote. Galante, él dejó pasar delante a Signe Smundsen. En cuanto ella se adelantó, ofreciéndole la desnuda espalda, sobre su audaz traje de noche rojo, la mano veloz del asesino surgió, empuñando la automática.

Bastaba oprimir el gatillo... Y Signe moriría como otros habían muerto a sus manos.

No llegó a disparar.

Esta vez, los ojos dilatados de Lena, testigo del nuevo intento de asesinato, vieron saltar de la mano del criminal el arma homicida, y sus dedos teñirse de rojo.

Signe Smundsen, al tiempo de sonar la detonación en la cubierta del yate, giró sobre sí misma, lívida y descompuesta. Unos ojos feroces, llameantes, se fijaron en el hombre herido, que retrocedía, lleno de asombro y de terror.

—¡Cerdo! ¡Cobarde! ¡Asesino! —Silabeó la sueca duramente—. ¡Ibas a asesinarme como a los demás!

Y esta vez, nadie, ni siquiera los tiradores de cubierta, pudieron evitar que ella hiciera lo que hizo. Su mano se hundió en el escote, entre su seno profundo y erguido. Cuando surgió, empuñaba el «juguete» de cachas nacaradas, calibre 25, que arrebatara a Lena Martin cuando la secuestraron.

A aquella distancia, bastaba. Disparó dos pequeñas balas contra el rostro de él. Se borró su expresión de terror, como si una goma roja hubiera pasado su sangriento surco sobre su faz. La sangre bañó al asesino. Rodó a los pies de Signe Smundsen, de cuya mano escapó la pistolita pequeña, pero mortífera, cuando un cuerpo masculino, bronceado y musculoso, como el de un inesperado titán, cargó contra Signe Smundsen, abatiéndola estrepitosamente contra la pared del trágico camarote.

A ella no pareció impresionarle demasiado el mazazo, porque se limitó a mirar estúpidamente a Jack Mulligan, el hombre que, chorreando agua, y vestido solamente con un taparrabos, había surgido para resolver el drama final.

—Ya basta, Signe —dijo con voz helada—. Esto ha terminado...

Y sus ojos miraron a Lena Martin, estremecida de gozo y de júbilo en su asiento, sin poder gritar la alegría que la inundaba. Merrill y Rusty aparecieron, al tiempo que de todo el lago llegaban sonidos de sirenas y el aullido metálico de las canoas a motor policiales.

—Sí —jadeó Signe Smundsen, fija la vista en el hombre a quien matara—. Ya basta, Mulligan... Usted gana la partida. Pero ese canalla lo tuvo merecido...

Se dejó sujetar por Rusty. Merrill, entretanto, clavaba su mirada llena de estupor en el hombre muerto, de rostro destrozado a balazos.

—Diablo, Mulligan, no le conozco —masculló—. No es Forbes, desde luego. ¿Usted le conoce?

—Sí —asintió Jack lentamente—. Ya sabía que era él... Se trata de Bruce Karman, el secretario particular de Edmond Forbes...

FINAL

—¡Bruce Karman! —El fiscal Cummings meneó la cabeza—. No logro entenderlo, Mulligan. ¿Cómo pudo ser posible todo esto?

Jack miró a Edmond Forbes, a su esposa, al jefe Hawkins, a Merrill y a Lena Martin. Los demás presentes en la entrevista, habían salido poco antes del despacho de Hawkins, a petición del propio Mulligan.

—Todo estribaba en el pasado de una mujer —señaló a Eleanor Forbes, que inclinó la cabeza, muy pálido el rostro—. Lo siento, señora, pero debo referirlo. ¿Usted lo sabía ya, Forbes?

—Sólo a última hora se decidió a revelármelo Eleanor —confesó fatigadamente el alcalde—. Yo no sabía nada de Karman, aunque me casé con Eleanor sabiendo quién era...

—Sabía quién era. Pero no sabía que un antiguo amante suyo estaba aquí, en Bay City. Yo lo supe por Karman. Luego, la señora Forbes me lo confirmó. Era un tipo canallesco, que lo era ya incluso al conocer a... a la que era entonces Sarah Laverne. A pesar de su juventud, según palabras de la señora Forbes. Pero después, al saber ella que yo no sospechaba la identidad de ese viejo amigo suyo, me mintió, lanzándome sobre una falsa pista. Citó a Dino Franciosa. Y yo tardé mucho en recordar que la historia secreta de amor entre la señora Forbes y su desconocido amigo, databa de diez años. Entonces Franciosa no era joven, ni mucho menos. ¿Por qué me engañó ella? Pensé que era cómplice del asesino. Y confirmó mis sospechas la muerte de Madge. Solamente ella podía haber sorprendido la charla por un teléfono contiguo, al dejarme solo en el vestíbulo. Y fue realmente lo que sucedió.

—Eso convertiría a mi mujer en cómplice —dijo roncamente Forbes.

—No, señor Forbes. Ella obró de buena fe cuando llegó Karman y le preguntó que hacía yo allí. Ella creía que su viejo amigo

Karman, porque Karman era en cuestión, había cambiado con el tiempo y era un *honrado* ciudadano. Le refirió la verdad, e incluso mi llamada telefónica, como una prueba para convencer a Karman de que yo era inocente. El fingió creerlo. Pero al saber que *una* chica tenía pruebas contra los sobornados, corrió a avisar a *Reagan* y Talbot. Se puso en juego el plan. Reagan mataría a Madge. Y, si le era posible, también a mí. Talbot secuestraría a Lena con un engaño. Eso despejaba el camino. Comprendí que la señora Forbes no era culpable. Si acaso, indirecta e insospechadamente nada más.

—Dios mío —jadeó ella—. ¡Pensar que ayudé a matar a una pobre muchacha!...

—La hubieran matado igual..., y esto hubiera tardado más en aclararse —la calmó Jack—. Bruce Karman seguía siendo el canalla sin escrúpulos que usted conoció hace diez años, señora Forbes. Se fingió un hombre honrado, logró entrar como secretario de su esposo, gracias a su apoyo personal, ¿no es cierto?

—Sí —declaró ella débilmente—. Es cierto. Dios mío, qué ciega estuve...

—Todos lo estuvimos. Yo no vi claro hasta advertir, por lo que usted decía, que su esposo apenas sabía nada. Difícilmente, entonces, pudo enviarme la otra noche a Karman para contratarme como detective. Todo era juego suyo personal. Quería lanzarme sobre su pista y la de su esposo, para meterme en mayores problemas y hacerme caer. Así me sonsacaba también. Y al ver que yo estaba dispuesto a averiguarlo todo, dispuso matarme. Me dejó en «The Tower», el garito propiedad de Signe Smundsen, su amante actual, y la que guardaba los millones que él conseguía, cometiendo inmoralidades y corrompiendo la política de su jefe, al falsear firmas, al hacer operaciones que parecía realizar el señor Forbes. Me disparó una ráfaga de ametralladora, desde el coche de «Druggs» Walcott, otro de la pandilla. Al encontrar el arma, recordé que su reflejo me había salvado. Pero la ametralladora no reflejaba luz. Era mate. ¿Qué es lo que yo vi entonces en la ventana posterior del coche? El reflejo de la luz en las gafas de Karman. Esto, unido a la mentira de la señora Forbes y de Karman mismo, y a una advertencia oportuna de Dino Franciosa, al decir que me habían enviado por un camino equivocado, me llevó a la verdad. Y la verdad era Karman. «Druggs», Signe, los policías sobornados, todo

eso era su tinglado. La política de Forbes era buena. Pero él la falseó a su modo, a espaldas de su jefe, para su propio lucro.

—A pesar de todo..., me retiraré de la política —suspiró Forbes—. No debí confiar nunca en ese hombre. Todo es culpa indirecta mía. Dejo Ubre el camino a Craig. Eleanor, nos iremos a otra ciudad. Allí no te dañará tanto la publicidad de este caso...

—No habrá publicidad contra su esposa, Forbes —era Lena Martin quien hablaba—. Ni siquiera por parte del Sentinel. Fue una promesa de Mulligan. Y todos le debemos demasiado a Mulligan para olvidar lo que prometió...

—Gracias, señorita Martin. Gracias, Mulligan —el tono de Forbes era emocionado, tembloroso. Su mujer rompió en amargos sollozos—. Son todos muy buenos.

—La gente siempre es mejor cuando la luz brilla, el aire vuelve a oler a limpio, y la podredumbre se entierra —comentó Jack Mulligan, recogiendo su sombrero—. El caso ha terminado, señores. Bay City se limpió definitivamente. Lástima que Bakers no haya llegado a verlo...

—¿Por qué le mataron, Mulligan? —inquirió suavemente Hawkins—. ¿Por qué a él?

—Era un hombre peligroso. No sabían lo que llevaba entre manos, pero le temían. Y además, eliminándole, me hundían a mí, porque tenían mi pistola, con mis huellas y todo. Y siempre cabía explicar la historia de una venganza, como así lo hicieron, para eliminarme a mí de paso. Era matar dos pájaros de un tiro...

—Complicado asunto —dijo Merrill, el hombre del FBI—. ¿Y en el yate de «Drugs» iban los secretos militares americanos a Canadá, a poder de agentes extranjeros?

—Sí. Karman tenía influencias, como secretario de Forbes, y las utilizaba para fotografiar documentos altamente secretos, que pasaban a manes enemigas a bordo de ese yate, el «Mohicano». Será fácil hallar el documento secreto suscrito por «Drugs», especificando que el verdadero dueño del yate era Karman y no Forbes, como todos decían. Karman siempre se escudó en su jefe para todo lo malo qué hizo.

Estaba todo explicado. Jack sentía fatiga. Y Hawkins, comprendiéndolo, le indicó:

—Bueno, sargento. Espero perdone alguna vez la ceguera de

todos. Váyase. Tiene una semana de vacaciones.

—Gracias, señor. No hay rencores. Todo está olvidado. Pero acepto esa semana. ¿Sabe lo que haré? Pedir a una chica que se case conmigo. No sé si aceptará, pero lo intentaré...

—Jack, ¿quién es esa chica? —interrogó Lena vivamente.

—Podrías ser tú, Lena —respondió el policía, risueño—. Pero no creo que sueñes con unir tu vida a la de un oscuro detective.

—Esa chica te responde que sí, Jack —suspiró la reporter—. Y te promete no volver a chismorrear en las páginas de un periódico. ¿Contento?

—¡Oh, querida! —La tomó de un brazo, corriendo con ella hacia la salida del despacho—. Mi sangre ha sido caliente, tú lo sabes..., ¡pero ahora hierve! Vamos. Hemos de casarnos en seguida, y apurar hasta el último día de nuestra luna de miel...

Salieron al corredor. Allí se besaron.

Evidentemente, la temperatura de la sangre bulliciosa de Jack Mulligan, estaba ahora a un alto grado.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.